

BIBLIOTECA
Aquiles Nazoa

Poemas populares



BIBLIOTECA AQUILES NAZOA

POEMAS POPULARES

AQUILES NAZOA

POEMAS POPULARES



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1920 - 2020

Aquiles Nazoa

100 AÑOS DE HUMOR Y AMOR

NICOLÁS MADURO MOROS
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

DELCY RODRÍGUEZ GÓMEZ
Vicepresidenta Ejecutiva

JORGE RODRÍGUEZ GÓMEZ
Vicepresidente de Comunicación, Turismo y Cultura

ERNESTO VILLEGAS POLJAK
Ministro del Poder Popular para la Cultura

1.ª edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1987

5.ª edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020

Poemas Populares

© Aquiles Nazoa

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Tel. 58 212 4828989

Hecho el depósito de Ley
Depósito Legal DC2020000357
ISBN 978-980-01-2110-8

AQUILES NAZOA, POETA POPULAR

No es exagerado decir que el venezolano Aquiles Nazoa fue uno de los más grandes —si no el más grande— de los poetas humorísticos de nuestra lengua. Sin duda, es el poeta que en Venezuela goza de la más auténtica y dilatada popularidad. Sus recitales en el Aula Magna de la Universidad Central constituyeron acontecimientos de impresionante magnitud. Ha sido el único poeta venezolano que habló directamente a los desheredados, a los marginales, a los miserables y también a esas clases medias que tienen un pie en el barro y el otro en el primer peldaño de la escala social. Sus versos, entre cómicos y sentimentales, son la expresión más transparente y menos falsa que existe, en el plano poético, no solo de las costumbres, gustos, decirs, prejuicios, amores y dolores de los sectores venezolanos que sufren con mayor inclemencia la aberración histórica del subdesarrollo; sino lo que es más: expresan con perfecta nitidez la lucha de clases en Venezuela, que es muy semejante a la de otros países de América Latina.

Pero no hay que pensar que Aquiles Nazoa haya sido un poeta de esos que algunos llaman «sociales»; no fue un poeta principista ni mucho menos doctrinario: salvo en contadas ocasiones, su mensaje no es directo, ni siquiera político. Él cuenta las cosas que ve, entretejiéndolas de ironías, pero eso sí: se trata en sus versos de dignificar a los miserables y ridiculizar a los poderosos. En lo político, por

lo demás, su actitud fue siempre claramente progresista. Uno de sus mejores libros, *Los poemas* (1961), está dedicado al primer ministro cubano, Fidel Castro.

Su popularidad es producto de la comicidad de sus poemas costumbristas. Rivaliza en ellos con la perfección cómica de autores como el colombiano Luis C. López (el Tuerto López) o el venezolano Francisco Pimentel (Job Pim), de quien Nazoa es heredero literario directo: la mayoría de los géneros cultivados por Job Pim han sido desarrollados y perfeccionados por Nazoa.

El principal de estos géneros es la crónica periodística en verso, que Nazoa practicó diariamente durante años bajo el seudónimo de Lancero. Le valió cárceles y enemistades, pero también la admiración de todo el pueblo. Dentro de estas crónicas, un subgénero lo constituyen, por ejemplo, las *Noticias comentadas*. He aquí unas muestras:

A un indio del Perú, ya en su vejez, le salieron los
dientes otra vez.

Falta ahora saber
si también va a salirle qué comer.

...

Ha bajado por fin
el precio de los marcos en Berlín.
Con los marcos baratos
estarán muy contentos los retratos.

...

Catorce días lleva Camatagua sin una gota de agua.
Y en cuanto al pueblo en que yo vivo, en Cagua, allá
tampoco hay agua.
Lo único que falta es que en Caucagua también se vaya
el agua.

Estas *Noticias comentadas* adquieren, muy a menudo, el cariz de «noticia social» comentada. Varias páginas de todos los diarios venezolanos se dedican a la crónica de la «alta sociedad»: cumpleaños de la niña tal, baile de la familia cual, etcétera. Aquiles hace las noticias de tan fulminante brevedad como la siguiente:

El loro que compraron los García
dijo ayer su primera grosería.

En otras ocasiones se ensaña Aquiles contra el esnobismo de los nuevos ricos, tan frecuentes en este país que Paul Baran describió como «el escaparate oficial para la exhibición de los beneficios que obtiene un país subdesarrollado con la explotación extranjera de sus materias primas». Así, por ejemplo, ironiza a aquellos que, después de viajar por la inmarcesible Europa y haberse teñido de «cultura occidental», vienen después a escribir ridículos reportajes en los diarios locales. «Desde que por los yanquis fue inventado el turismo —o el arte de viajar por kilos, que es lo mismo», ocurren tales cosas. De uno de esos «turistas inspirados» dice Aquiles:

En dos breves artículos se ha metido en el buche
dos mil años de historia, desde Bruto hasta el Duce,
incluyendo a Tiberio, Justiniano, Nerón,
Santa Cecilia, Androcles, y de ñapa, el León.
Y por si de estulticia no bastase el alud,
comienza cada párrafo con un «¡Roma, salud!»
E incluye una bonita foto del Vaticano
donde sale él con una maletica en la mano.

Turistas inspirados que viajáis por Europa,
 sed si os place más cursis que decir «buena copa»,
 haced de papanatas, bebed caña en los viajes,
 pero, por Dios, hermanos: ¡no escribáis reportajes!

Otra de las cosas que caen bajo la crítica sonriente de Aquiles es el habla de los venezolanos, que por muchos motivos es semejante a la de otros latinoamericanos, especialmente del área del Caribe. En un poema describe a un inmigrante que se trajo de Trípoli una ametralladora en la maleta, porque había oído decir que en Venezuela había muchos animales. Y resulta que todo el problema es que aquí a todo el mundo se llama, o se apoda, como animales:

A fulano de tal lo cogió el toro.
 A mi casa no van sino chivatos.
 Yo tengo un hermanito que es un tigre.
 Regálame una locha, mi caballo.
 La mujer de mengano es una zorra
 y él un pájaro bravo.
 Antenoche fui al cine con el Mono,
 con el Chivo Capote y con el Gato...

En otra parte, la burla por imitación se dirige al habla corriente, que tanto en México como aquí es *cantinflérica*:

Yo, chico, hablé con el hombre
 y él me dijo que si tal,
 que si que sé yo qué cosa,
 que si yo no sé qué más,
 que si esto, que si lo otro,
 que si lo de más allá...

La crítica social, la lucha de clases, es muy a menudo estilizada por Aquiles, presentándola como conflictos entre animales. Entre los preferidos por él figuran el cochino y el perro. Hay incluso una fábula (Aquiles es insigne fabulista) en la que los protagonistas son perro y cochino. El perro callejero, el perro sin casa ni nombre, el perro «marginado» es retratado así en contraposición al perro fifí de las casas de los ricos:

Mientras a él las mujeres
le ponen cintas, límpianle los mocos, tú, vagabundo, eres
—privilegio de pocos—
amigo de los niños y los locos.

Can corriente y moliente,
nadie nombre te dio, ni eres de casta;
mas tú seguramente
dirás iconoclasta:
soy simplemente perro, y eso basta.

Otro de los subgéneros practicados asiduamente por Aquiles es el del *Teatro para leer*, que en su mayor parte son caricaturas de obras célebres: Hamlet, Don Juan, etcétera. El humor es allí delirante y como ha dicho Kotepa Delgado, uno de los grandes del humorismo venezolano: «el todo consiste en decir barrabasadas». Así, por ejemplo, al levantarse el telón, sale el autor y dice:

Se ruega a los caballeros
que estén comiendo maní
que se quiten los sombreros
y echen las conchas allí.

O bien es presentado un personaje:

Yo soy Toribia Pepilla,
 muchacha tan resignada
 que me dan una nalgada
 y pongo la otra mejilla.

*

Aquiles Nazoa nació en Caracas, en 1920. Publicó más de una docena de volúmenes, entre ellos una gran antología de sí mismo titulada *Humor y amor*. De origen muy humilde, fue aprendiz de carpintero, botones, domiciliario, mandadero, barredor del diario *El Universal*, profesor de inglés y, en suma, periodista. En lugar de buscar escalar posiciones sociales altas para desde allí cantar metafísicamente al mundo, prefirió hacer la filosofía y el retrato fiel de su propia clase. En este sentido, y como todo gran humorista, se ironizaba constantemente a sí mismo, viéndose como un «cantor de lo pequeño» y aspirando a morir en un pueblito como moriría «el secretario del juez municipal». Es impresionante la forma como concibió su propia muerte:

Amor, cuando yo muera no te vistas de viuda,
 ni llores sacudiéndote como quien estornuda...
 Y no grites, amada, que te lleve conmigo
 y que sin mí te quedas como «Tomo y obligo»,
 ni vayas a ponerte, con la voz desgarrada,
 a divulgar detalles de mi vida privada.
 Que aunque en nieblas de olvido quede mi nombre extinto,
 ¡sepa al menos el mundo que fui un muerto distinto!

*

Yo he sentido dolor y asombro ante ciertas muertes absurdas, como la de Albert Camus, por ejemplo, quien murió también en un accidente automovilístico, cuando se encontraba en plena juventud creadora. Así ocurrió con Aquiles Nazoa: su pequeño auto europeo fue aplastado por una pesada gandola. En un artículo que escribí en ese entonces hablé de la metáfora de Vallejo: «El camión gris de la muerte».

A estas alturas de nuestra vida nacional, Aquiles Nazoa sigue siendo uno de nuestros mayores poetas populares, gloria en la que lo acompañan nombres como los de Job Pim, Leoncio Martínez y Andrés Eloy Blanco.

Que esta antología sirva para regocijo y lección de las nuevas generaciones venezolanas, y que le rindan tributo al poeta que supo interpretar como nadie la verdadera raíz de nuestro pueblo.

LUDOVICO SILVA

NOTA EDITORIAL

En líneas generales, esta antología se basa en la compilación realizada por Rafael Pineda para el volumen *Papeles líricos*, que forma parte de las *Obras completas de Aquiles Nazoa*, editadas por la Universidad Central de Venezuela en 1978. Sin embargo, se han suprimido algunos textos del mencionado volumen y se han incorporado otros, aparecidos originalmente en la obra *Humor y amor de Aquiles Nazoa*, preparada por el propio poeta para Librería Piñango en 1969.

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

LA LLUVIA

Ayer
volvió a llover...

Vino la lluvia a refrescar jardines
y a impedir la salida de los cines.

Ayer
volvió a llover...

La lluvia es una niña que no tiene
—porque vive desnuda— camisón;
seltas las trenzas por el aire viene
repartiendo pestón.

Ayer
volvió a llover...

Los poetas, que son sentimentales,
la ponen a bailar tras los cristales.

Ayer
volvió a llover...

¡Oh, bardos! Cómo estáis de equivocados
al no cantar la lluvia en los tejados.

Ayer
volvió a llover...

Colándose por grietas y rincones
y mojando las camas y las sillas;
metiéndose indiscreta en las hornillas
y apagando carbones.

Ayer
volvió a llover...

Porque la lluvia es bella en los cristales,
pero forma terribles barrizales...

Ayer
volvió a llover...

En la calle, en la plaza, en el camino,
a tal punto que sales
de puntillas, salvando manantiales,
hasta que llega algún chofer cretino
y te pone lo mismo que un cochino.

Ayer
volvió a llover...

Mi corazón
es un niño arrullado por el son
de la lluvia de plata,
que cae desde el cielo en una lata
—tin, tan, ton—
bajo el alero roto del balcón.

Ayer
volvió a llover...

Y en medio de esta lírica cantata
a dúo de la lluvia en el balcón,
un muchacho infeliz se medio mata
porque se le desliza una alpargata
y se da un resbalón.

Ayer
volvió a llover...

A NENA VIÑA EN EL SANATORIO

Di tú misma tu nombre y verás alas
y torres de campanas apagadas;
deja la mano quieta sobre el seno
y verás una espiga en la mañana.

Nena Viña, tu nombre de enramada
es un cuento de estampa solitaria;
Nena Viña, lo tengo en el pañuelo
como un nombre pequeño de medalla.

Contigo y una fábula en la mano
me he encontrado de niño en un retrato:
allí estamos los dos y está mi infancia,
el tren de la inocencia, el elefante.

Nena Viña, de viaje y vela blanca,
de barca rota y perla destrozada,
busco por ti la flor y el abanico
y el corazón tirado por la calle.

Canto los pies que van a no sé dónde
y la acera que pisan tus pisadas;
canto una niña muerta que se asoma
a tus ojos y llora en las ventanas.

Nena Viña, mejor que las palabras
albaricoque, peplum y mañana;
ya somos tres amigos los del agua;
tú misma y yo el canto de la flauta.

Tenemos que dormir, Nena del aire,
muchacha de la luz y de la gasa;
tenemos que dormir porque en los muros
la tos es una sierpe envenenada.

Hija de José Viña, navegante
como tú, navegante de la nada;
canto el reloj pequeño de tu lengua
y tu voz de merienda proletaria.

Canto otro tiempo en ti, como cantara
la golondrina el hueco de la tapia;
canto tu nombre, Nena, canto, y salen
postales sollozando de la caja.

DOS CANCIONES DE BEETHOVEN

A Armando Reverón

ADELAIDA

Adelaida,
que el lausí ya se muere
—Adelaida, y el jazmín
está muerto.

Borda con tus lausí de sueño
un corazón de azúcar cande
y un nombre delicado de pañuelo.

Adelaida,
que se acaba el lausí
y llueve.
Llueve.

PARA ELISA

El cofre, la violeta,
¡Quién sabe!
Coty otoñal:
Elisa.

CANTO AL CONGLOMERADO NACIONAL

¡Pobre conglomerado nacional!
Me sugieren tus caras amarillas
banderas del Partido Liberal
o exhibición de mangos y tortillas.

Hermano de mi tierra, el mal zancudo
te volvió vegetal violentamente:
en efecto, ya no pareces gente:
tú pareces más bien un apio crudo.

Quizá te da lo mismo
curarte o no curarte el paludismo.

O tal vez por gozar
del más barato bien, la fantasía,
prefieres no curar
que la fiebre permite delirar
y vivir sin vivir, en poesía.

Amarillo cual un viejo retrato,
tu físico se dobla hacia adelante;
pareces un colmillo de elefante,
más pálido tal vez y más barato.

Pero el mal que te tiene acoquinado
tiene también sus faces ventajosas,
pues siendo las naranjas tan costosas,
tú puedes ser un hombre anaranjado.

La fiebre que te acogota y sacrifica
tiene además su aspecto musical,
que el zancudo es el único animal
que canta cuando pica.

Y por la misma causa del zancudo
es que tu cara está tan amarilla,
que mirándote, hermano, siempre dudo
si eres gente o sombrero de pajilla.

EL PERRO SARNOSO

Este pobre animal, antes obeso,
hoy parece un inglés con paludismo;
se vio al espejo y se mordió a sí mismo
creyendo que era un hueso.

Se dispersan los grupos si él se arrima
y él sigue su camino, tristemente,
añorando caricias que la gente
ya no le da porque le tiene grima;
él ya no es perro sino, escasamente,
cuatro patas con una sarna encima.

Yo le he visto pasar
muerto de hambre, muriéndose de sed,
tan débil que no puede caminar;
y para no caer, si va a ladrar
tiene que recostarse a la pared.

Allá estaba, ladrándole a la luna;
su mirada era triste y era amarga,
como de gran dolor enorme carga
y era una
y era una
y era una sola sarna larga...

ELEGÍA A UN SUICIDA CON GAS

Auf Wiedersen, amigo, que te vas,
viajero de una muerte sin dolor,
envuelto entre los velos del vapor
de un mortífero gas.

Cansado de un monótono existir,
una tarde al bajar del autobús,
resolviste partir
y después del ya clásico escribir,
le diste vuelta al suiche de la luz
y te tendiste plácido a dormir.

Tal vez tengas razón así al morir,
pues resulta difícil soportar
este fastidiosísimo vivir
de comer, de dormir, de trabajar
o de buscar peroles que empeñar;
y tanto, para un flux de casimir
y una mujer mediocre a quien amar.
Como tú, camarada, que te vas,
yo también moriré plácidamente
entre olores mortíferos de gas;
en casa los tenemos por demás,
pues nosotros vivimos bajo un puente.

EL POSTE

Este flaco gigante callejero,
amigo fraternal de los borrachos,
lo menean alegres los muchachos
y lo baña contento el aguacero.

Un adiós musical le da al viajero
de pájaros que alegran sus penachos
—brazos de mástil fatigados, gachos,
de buscar por el aire un marinero.

Estatua de mudez, torre vacía,
monumento al ciprés, lirio de hierro;
esclavo de extranjera compañía.

Poste pueblo del aire y del cencerro,
mirándote tan grande, ¡quién diría
que te levanta su patica el perro!

A LA PIPA DE GIL FORTOUL

Te marchaste con él; qué leve el peso
de los dos en la blanca madrugada;
tu corazón, cocuyo, le dio el beso
azul de la postrera bocanada.

Te marchaste con él. Qué musgo espeso
cayó sobre tu brasa desvelada.
Vacía está tu cuenca de cerezo
y trunca su voluta delicada.

Te marchaste con él, pequeña amiga,
casa del humo ayer, hoy de la hormiga
que en raíces te fundes prodigiosa.

Te marchaste con él, y florecías
en el labio ideal mientras huías,
ferrocarril viajando hacia la rosa.

EL CABALLO AHOGADO

Dolorosa es la vida del caballo:
él nace potro libre en la sabana
y después, de la noche a la mañana,
vese del hombre su servil lacayo.

Parece este cuadrúpedo infeliz,
cuando es joven, viviente bicicleta,
más tarde es un motor para carreta
que funciona con látigo y maíz.

Con el tiempo ha perdido aquel donaire
de gentilhomme o D'Artagnan equino,
tan veloz o más rápido que el aire...

Pensaba de tal modo en su destino
el caballo que ayer se ahogó en El Guaire
tal vez porque soñó ser submarino.

ALEGRÍAS PASADAS

Cuán presto se va el placer,
cómo después de acabado
da dolor.

MANRIQUE

¡Qué ligero se van las alegrías!
Lo que hasta ayer nomás fuera ilusión
es ahora, pasados los dos días,
un enorme ratón.

La Navidad fue apenas un engaño
vestido —mal vestido— de festejos;
la celebramos porque a fin de año
nos sentimos más viejos,

y en fin de fines es en Pascua cuando
podemos contentarnos con la vida,
pues como un año más se está acabando,
más pronto nos estamos acercando
al portón de salida.

¿Cuál es la utilidad de la alegría,
si pasada su efímera dulzura
viene un día y un día y otro día
de luchas y amargura?

La Pascua se acabó y sus alegrías
se marchitaron como viejas flores
y se quedaron muchos mostradores
llenos de hallacas frías.

DICIEMBRE

Su mirada fulgura
como una espada azul bajo las cejas:
ha llegado diciembre, y se asegura
que vino a enamorar las cosas viejas.

Dentro del caserón abandonado
teje un sueño la abuela dulce y buena,
y el piano, tristemente arrinconado,
dice la historia del sillón de Viena.

Diciembre va a soñar bajo el alero
su amor con una niña: la mañana,
mientras adentro canta en su ventana
un poeta de agua: el tinajero.

El recuerdo es ya solo una violeta
y un papel amarillo,
si este viejo poeta
diciembre hace cantar su caramillo.

Y así llega, agitando campanillas
este fauno vestido de etiqueta
—el vino rebosando en las mejillas—
como un viejo doctor que no receta.

Llegó el viejo diciembre, vagabundo;
de su vieja valija
salieron golondrinas; y en el mundo
murieron muchos niños sin cobija.

NAVIDAD

Las campanas pascuales
anuncian que salió el Niño Jesús
de las jugueterías celestiales
en un coche de luz.

Alegres villancicos
cantan que ya llegó la Nochebuena
—buena para los ricos,
que tienen blando pan para la cena.

Los muchachos que duermen en el suelo
soñarán que Dios baja en patineta
a traerles la luna, desde el cielo
convertida en galleta.

Las casas serán ríos de muchachos
y luces y alharacas,
y las calles montones de borrachos
y de hojas de hallacas.

Todos celebrarán el nacimiento
llenos de una infantil felicidad...
¡Cuántas pobres en la Maternidad
habrá solas pasando «el mal momento»!

Ya se alegra la gente
porque el niño vendrá en carro de plata
(allá estará llorando bajo el puente
un niño que no espera ni el presente
de un carrito de lata).

LLEGÓ LA NAVIDAD

La Navidad
viene a poner alegre la ciudad.

Unos niños tendrán muchos juguetes,
pastel y gelatina.
Y los otros, los pobres, los zoquetes,
harán trenes con latas de sardinas
y beberán guarapo con harina.

Los Pietri, los Minguett, los Calatrava
comerán rico pavo,
mientras otros que están sin un centavo
lo que tienen es pava.

Los niños pobres hoy van a soñar
con pelotas, payasos y piñatas,
y verán desde el cielo aterrizar
un ángel bueno y sucio, en alpargatas,
que los viene a arrullar.

Los ricos alzarán un joven pino
como un símbolo verde del misterio
entre el pan y el vino;
y los desheredados del destino
tendrán pinos... pero en el cementerio.

La Pascua cantarina
anuncia que llegó la Nochebuena,
y entre tantas hallacas de gallina
Panchito Mandefuá tendrá en la cena
lágrimas y guarapo con harina.

La Navidad
viene a poner alegre la ciudad.

AL AÑO QUE SE FUE

Se murió cuando vino el primer día
del joven mes de enero;
se murió como muere en el tranvía
un viejo pasajero.

Cuando el 43 corrió su velo,
al sonar el cañón,
se fugó como el humo que va al cielo.
Vino niño y murió ya siendo abuelo,
y su entierro lo celebramos con
vino y pan con jamón.

Murió el 42 y llegó enero
promisor y sonriente;
diciembre, como un viejo presidente,
se retiró, a morir al extranjero.

EL DÍA DE CARACAS

Sentado como un tonto en El Calvario
—refugio de poetas y de flojos—,
mi corazón recorre tus despojos
en un sentimental itinerario.

Tu antigua sencillez de campanario
flota en el aire aún, pero los ojos
ya nunca más verán los techos rojos
que te dieron prestigio literario.

Pues enferma de *snoob* cosmopolita,
te dio por transformarte —¡pobrecita!—
en una Nueva York de a cuatro reales.

Y así llegar lograste a lo que hoy eres:
una Babel de radios y chóferes,
¡y ese montón de Casas Regionales!

RELÁFICA AL INVIERNO

¡Invierno, por favor, déjate de eso!
Tu ofensiva detén, cese tu ataque;
mira que según dice el almanaque
ya es hora de que emprendas el regreso.

Mas tú, por no meter el retroceso,
tienes a la nación vuelta un pichaque
y a media población has puesto en jaque
sin detenerte ante ningún exceso.

Tu acometida este año, so maluco,
rancho en pie no ha dejado ni conuco
sobre el pobre solar venezolano.

Atiende, pues, a mi tirón de orejas;
conque márchate ya, y a ver si dejas
algo para las quemas del verano...

ODA A LA CUCARACHA

Ya que no hay en el mundo quien te quiera,
yo te canto, animal de chocolate,
que emigraste del viejo escaparate
porque ya no los hacen de madera.

Las damas otoñales de hoy en día,
tan otoñales como vivarachas,
son tus hermanas en coquetería,
pues en su afán de parecer muchachas
tapizadas de polvo y crema fría
se ponen como ciertas cucarachas:
las cucarachas de panadería.

Como hay contigo cosas muy afines
y eres pequeña, oscura y tan versátil,
yo he visto, cucaracha, botiquines
donde te han confundido con un dátíl.

Eres un animal interesante
pues con solo mover tus dos alitas
acabas, entre gritos y al instante,
con una agrupación de señoritas.
Y tienes vocación de congresante
porque te gustan mucho las levitas.

A cosas dulces, de muy buena gana,
la gracia de tu nombre les concedes
(me refiero a la rumba mexicana
según la cual ni caminar tú puedes).

Dondequiera que estás juegas la vida:
te asfixias en hedionda naftalina,
y si corres buscando una salida
el hombre a chancletazos te asesina.
Luego al corral escapas perseguida
y allí te espera el otro insecticida,
el más feroz de todos: la gallina.

Y aunque te busquen con aviesos fines,
ni procuras vengarte ni te ofendes,
pues tú, Cucarachita, tan Martínez,
no eres parienta de Martínez Méndez.

MÉTODO PRÁCTICO PARA APRENDER A LEER EN VII LECCIONES MUSICALES CON ACOMPAÑAMIENTO DE GOTAS DE AGUA

LECCIÓN I

MAMÁ

m-a-m-a

ma-má

Mi mamá es alta y blanca como la luna. Y la luna tiene una cofia como mi mamá.

Mi mamá me pone todas las noches un ángel de azúcar cande bajo la almohada.

Todas las mañanas mi mamá suelta un pajarito azul que tiene escondido entre sus manos.

Mi mamá canta bajito como la lluvia menor sobre las hojas y como la máquina de coser.

LECCIÓN II

PAPÁ

p-a-p-a

pa-pá

Mi papá era Simbad el Marino.

Mi papá tiene un barco de vela y un tren. Y un caballo blanco de general. Y un cinturón de hebilla de plata.

Mi papá es cazador y el tuyo no.
Mi papá me trajo del bosque una mariposa verdeazulmar y un
arco iris chiquito que encontró desnudo en el fondo del río.
La voz de mi papá es como el viento entre los pinos.

LECCIÓN III

NENÉ

N-E-N-E

NE-NÉ

Nené tiene una almohadita de uñitas rosadas.
Los piecitos del nené son buñuelos y panales celestes que
Santa Catalina del delantal blanca reparte entre los ángeles.
Nené tiene un cochecito azul de estambre y nieve.

LECCIÓN IV

CONEJITO

c-o-n-e-j-i-t-o

co-ne-ji-to

En vez de querubines, la Virgen está rodeada de conejitos.
Los conejitos salen en el alba de sus casitas de nube y se
ponen a jugar con los piecitos del Niño Jesús.

LECCIÓN V

CANARIO

c-a-n-a-r-i-o

ca-na-rio

El canario tiene un río pequeñito en la garganta.
 Por las mañanitas, los canarios se llaman membrillos.
 Los canarios tienen zapatillas de cristal y taconcito alto, como
 los de la Cenicienta.

LECCIÓN VI

DEDAL

d-e-d-a-l

de-dal

La niña rubia bebe agua del pozo en un dedalito de plata.
 El dedal es una campanita que se oye sonar en el fondo del
 aljibe. Y un hada madrina de azúcar la toca con su varita
 mágica en el corazón de cada naranja.

¡Dedal! ¡Dedalín!

LECCIÓN VII

LINO

l-i-n-o

li-no

El agua que por la tarde se desborda de la fuente, se llama
 [lino.

La brisa enreda en las espigas sus cabellos de lino.

Las canas de Doñana son de lino.

Las gacelas y los cervatillos se hacen de lino.

PUERTO

(*Cuadro de Armando Reverón*)

Enfermo de leyenda y lejanía
me moriré de bruma cualquier día;
mar en mi propio limite, redondo,
con náufragos podridos
—mar sin fondo
de mí, perdido, en mí
sin otro mundo
que el faro y su lucero moribundo,
y yo con él:
leyenda: bruma: nada.
Muriéndome de mar y madrugada.

HIGH LIFE DE PRIMAVERA

*A Enrique Bernardo Núñez
en su cumpleaños, 1943.*

Enrique, natural de la mañana,
vecino de la brisa y su sombrero,
ofrecerá un *cocktail* de mejorana
y esencia musical de tinajero.

De crinolina irá la damajuana
y en su carro de viento el limonero;
la pomarrosa —aroma en porcelana—
llevará entre los dedos un lucero.

Abejas llegarán en aeroplano,
con su flor eucarística en la mano
dirá el discurso de orden el cardón.

Y Enrique, cabalgando en su corbata,
viajará hacia la luna de hojalata
de un cielo de merengue y algodón.

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE DEBUSSY

(Jardines bajo la lluvia)

I

Luz de arriba remozada
y abajo llueve que llueve,
cruje su sandalia breve
contra la arena mojada;
pasitos tiene de nada
y levedad de escarpín:
la lluvia es un querubín
cuya mano delicada
agua lleva iluminada
para la sed del jazmín.

II

Cuando la gota es una,
es una lágrima de la luna.

Cuando son dos,
son los ojitos del Niño Dios.

Y cuando las gotas son tres,
entre sus campanitas claras hay un pez.

III

Volvió la clara hermana
de cintura de nada y lengua fina.
En su coche de helada filigrana
volvió la hermana cristalina.

Volvió la hermana cantarina
de inocencia de espiga y avellana.
¡Vino de la mañana a la ventana
con sus menudos pies de bailarina!

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE BEETHOVEN

(Gavota en fa mayor)

I. POEMA DE SU AMOR

Para dormir un poco hice su nombre:
¡Casa de amor, país de amor la llamo!

Yo la quiero fragante y escondida
naranja dulce y rama de romero
que me recuerde el agua y sus tinajas.
Yo la quiero unitariamente fresca
como la soledad de los helechos.
Por sus cabellos, por sus ojos buenos,
porque Dios ha nacido entre sus manos,
porque Samaria vaga entre sus sueños,
porque me da la gana, yo la quiero.

—Yo la quiero llorando poco a poco
como un niño descalzo por el pueblo—.

II. CUNA, POEMA DE LAS MANOS

Nena
—chocolatín para la niña buena.

Nena, mi amor
—un guante azul para la flor.

Esa, para mis cabellos;
esta, para mi corazón:

¡qué bien se siente mi tristeza
entre las liebres del Señor!

III. JUEGO, POEMA DE LA PLAZA

Vamos a jugar
a que vivimos en un palomar.

Ala, de espuma, tú;
ala, de nube, yo.

Vamos a jugar
a que el aire juega con nosotros dos.

EN LA MUERTE DE UN NIÑO

Mira ahora tu hijo,
el hijo de la rosa y de la espada.

Sus ojos me divisan desde detrás del cielo
y es como si dijeran
de qué color se vive entre dos alas.

Cada tarde
me llega su canción breve y opaca:
tan pequeña es su música que cabe
en un dedal de plata.

Tú querías un niño matinal como el agua:
mira ahora a tu hijo,
el hijo de la rosa y de la espada.

ELEGÍA A UN ELEFANTE

Arco de Triunfo amable, fallecido
como un anciano tren ya derrumbado;
un juguete de pobre ha sollozado
y una estrella de azúcar ha caído.

Ha muerto el elefante: detenido
el cielo entre sus ojos ha quedado;
Pinocho y Gulliver han regresado
para llorar por él que está dormido.

San Pedrito de plata, dulce abuelo,
abre con tu llavín de caramelo
el huerto de inocentes pomarrosas.

Que el niño grande se ha dormido y sube:
el cuerpo: gavia gris, henchida nube;
la trompa, respirando mariposas.

LETRA PARA LA PRIMERA LECCIÓN DE PIANO

lamparitas de azúcar,
chinelitas de arroz.

DELPINO

A la una la luna,
a las dos el reloj,
que se casan la aguja
y el granito de arroz.

A la una mi niña
se me puso a llorar
porque el pobre meñique
se cayó en el dedal.

A la una la novia
con el novio, a las tres,
en la cola, la cola
del pianito marqués.

Y se van, a la una
en su coche, a las tres
—caballitos de lluvia,
cochecito de nuez—.

DE LAS COPAS

Han servido el champán,
y por entre las copas
revolotean mariposas amarillas.

EDGARDO DEGAS

En el verdirrojo de la gelatina
hay dos niñas:
la del verde ensaya ser un sueño,
la del rojo quiere ser bailarina.

EN LA MUERTE DE MAMBRÚ

Si lo encuentras, mañana, dormido en el camino,
alísale el cabello con tus dedos de lino.

Dale colcha de brisa, colócale en almohada
de jazmín inocente, de hierbita mojada.

Arómale los labios de limón y de rosas
y cántale con flautas y abejas rumorosas.

Cúbrelo con tu leve faldellín de diamela,
llévatelo en pequeño cochecín de canela.

Ponle siete enanitos de olor en el bolsillo
y en su mano el fragante corazón de membrillo.

Y cuando en casa fresca lo reciba la tierra,
guárdale en una almendra su espadita de guerra.

MUÑECA CRIOLLA

¡Qué fea la muñeca de mecate!
¡Quién que la ve diría
que tiene adentro una alcancía
llena de moneditas de chocolate!

LA ABUELA

La dulce abuela, corazón de alubia,
es menuda y es clara como la lluvia.

Arañita de plata, teje violetas
en el pañuelo pañolín de la nieta.

Cuando llora la abuela,
sus lágrimas antiguas mojan la tela
de un aroma sencillo de yerbabuena.

Y sus ojos reflejan
la ventana, el molino, el campanario
y unas niñas jugando a la rueda.

POEMAS PARA LOS PEQUEÑOS MUERTOS DEL RÍO

La fresca, clara cara del río
me pidió un beso.

LANGSTON HUGHES

I. NIÑA

Que se ponga a llorar la mañana
y que el cielo se vista de gris,
y que bañe con llanto Doñana
los claveles del Tontoronjil.

Que los niños no miren el agua,
las hormigas ni el ferrocarril;
y que corten cuchillos de plata
los columpios del parque infantil.

Que se ha muerto la niña más clara,
de manos de hogaza y ojitos de anís,
la niña de alubia que tuvo la gracia
del barco de vela y el chocolatín.

La niña se ha ido: se fue con el agua
hacia el mar, la niña de ojitos de anís.
(El mar es un lento y amable elefante
que vive en el circo de un viejo país).

II. NIÑO

Como el aire se lleva de la mano a la pluma,
el mal río a mi niño chiquitín se llevó.
¡Ay, que el río lo trajo! ¡Que mi niño volvió
a la orilla, vestido con encaje de espuma!

Su capitán el viento lo montó en carabela
y le dijo el secreto de las barbas del mar.
¡Que navegue mi niño! ¡Que ya puede viajar
con sus manos pequeñas que son barcos de vela!

¡Que ya vuelve mi niño chiquitín chiquitón
en un barco de nieve con velamen de lino
donde viajan los cuentos de Simbad el Marino
y la niña, la Niña de Cristóbal Colón!

ELEGÍA A JOB PIM

También vine a decirte yo hasta luego
ya que te marchas al total sosiego,
y solo puedo darte en tu partida
este verso, esta flor: mi despedida.

¿Qué más podría ofrecerte, si tú tienes
ya los mejores bienes:
el único soñar
que no tiene un amargo despertar;
la amable tierra, la apacible losa,
la posibilidad de ser un día
signo, aroma, color de poesía:
savia, tronco o raíz de alguna rosa?

Adiós, Job Pim. La tierra te sea leve, y mi elegía
un poquito más leve todavía.

RETRATO 1940

Esta figura mía
de tan flaca da ganas de reír:
parece una lección de anatomía
con flux de casimir.

Esta figura mía,
toda costillas, sombra y discusiones,
parece una infeliz radiografía
con pantalones.

Un incipiente lomo
dobla un poco mi espalda envejecida.
(Yo parezco la sombra de un suicida
y sueño en relación con lo que como).

De buscar la tal «luz para el camino»,
a los veinte años tengo ya entrecejo.
(Yo parezco la sombra de un suicida;
cuantos más años pasan, soy más viejo...).

Mis manos son dos ramas desprendidas
de un añoso ciprés;
son tan flacas, nudosas, desteñidas,
que parecen dos guantes al revés.

Oh, mis manos, raíces carcomidas,
tan largas que me llegan a los pies.

¡Esta figura mía
llena de versos, huesos, amargura,
es una complicada antología
de hambre, bilis, amor, literatura
y odio a la barbería!

BALADA PESIMISTA

Alguna vez caeré enfermo
con un dolor intercostal
y cotidiana fiebre termo-
humorístico-sentimental.

Y mi familia diligente,
si es que no habré «panqueado» ya,
la terapéutica inocente
del borrajón me aplicará.

Mas seguirá mi fiebrequita
y seguirá el mismo dolor
y tendré entonces la visita
de un hipocrático doctor,

que extenderá un par de recetas
—reposo y alimentación—
y pedirá sus diez pesetas
y después el agua y el jabón.

Yo seguiré muy mal, empero,
con un ronquido en el pulmón
(la voz quizás de un agujero
que me hará el hambre sin formón),

hasta que cierta noche... buena
por fin daré el salto mortal
oyendo voces de novena
y llorantina general.

Alguna vieja rezandera
que tendrá aspecto de faquir
encenderá un cirio de cera
para ayudarme a bien morir,

y caerán gotas, por cierto,
de ardiente cera en mi nariz
lo que me hará pensar que muerto
manque lo ajumen es feliz.

Un gran pañuelo de liencillo
me amarrarán por el mentón,
y me pondrán mi calzoncillo,
mis medias blancas... y al cajón.

Redactarán rápidamente
la invitación al funeral
para que salga al día siguiente
en un periódico local.

—Que fallecí cristianamente
dirá la invitación;
después, los nombres de mi gente,
hora del acto y dirección—.

Y gastarán real como arena
en cigarrillos, ron Granate

y paqueticos de maicena
para rendir el chocolate,

pues al saber lo del mortuorio
irá un gentío del lugar,
porque sucede que en velorio
nada se paga por entrar.

Darán el pésame contritos,
serios y duros como piedras...
¡Después contando cuentecitos
se volverán unos Saavedras!

A mi mujer de rato en rato
le dará ataque al corazón,
y le darán valerianato
o le dirán: —Resignación...—.

Y entre los fuegos nada amenos
de mis seis velas amarillas
me irán dejando todos, menos
los que se duerman en las sillas.

Por fin, un cura con salterio
me «salteará» alguna oración
y daré el viaje al cementerio
como un pescado en mi cajón.

Mas no lloréis la muerte mía
porque, ¡quién quita!, a lo mejor
yo resucito al tercer día
sin ser ningún Nuestro Señor.

RETRETA DEL DOMINGO

Retreta del domingo, fiesta pobre
que alegra el corazón municipal,
ahora tocas un viejo pasodoble
y, después, la *Vereda tropical*.

Se suma a tu voz múltiple de cobre,
cada quince minutos, Catedral.
Y escupe el autobús su ruido innoble
sobre tu ancianidad sentimental.

Pobrecita retreta del domingo
que celebras las bodas de Tilingo
con acompañamiento de trombón.

Yo advierto tu alegría complaciente
ante la indiferencia de la gente
y se me desafina el corazón.

DOMINGO

Otro domingo más. Seguramente usted, que es un modesto ciudadano, se enfundará en su traje más decente y saldrá con un niño de la mano.

Otro domingo más. Entre la gente se confundirá usted desde temprano, y escuchará en la plaza la emoliente música de *Poeta y aldeano*.

Porque eso es el domingo: la retreta, el cine arrabalero de a peseta y el placer, casi audaz, de dulce fino.

Oh, cómo ignoran los que tienen plata este gozo del pobre, esta barata democracia del flux azul marino.

DICKENS CARAQUEÑO

Nochebuena del cerro, Nochebuena
en la que muchos van para el Rastrillo,
la bodega de guapos está llena
y todos beben torco y malojillo.

Se escuchan groserías como arena,
en el poste revientan un bombillo,
un cañón de bambú de pronto suena
y sale un comisario en calzoncillo.

Se durmió el niño ya; cada alpargata
tiene un aspecto mísero de rata,
según está de sucia, rota y vieja.

La abuela está acostada hace una hora
sin poderse dormir, pobre señora,
porque el radio de enfrente no la deja.

ANOTACIONES DE UN ABURRIDO

TRANVÍA

payaso en plena senectud,
elefante de la melancolía,
museo de la pictoricidad
o equivocación del *ferry-boat*,
tu percha recuerda el anzuelo
con que pescó su bacalao superhistórico
el hombre de la Emulsión Scott.

POSTE

miembro de la familia
del órgano de Santa Cecilia,
gulliverización del flautín.
Explicación en hierro
de por qué el perro
no enfermará nunca de los riñones.

BARRENDERO

(se dice barrendero o barredor):
batero sin canción ni bote

remando siempre con su escoba
en un Volga de microbios,
palitos de fósforos
y papeles.

BARBERÍA

realmente, el arte de ser peletero se ha
prostituido mucho.
Aquí el pelo gris, suicida y anónimo
y koken koken koken.

(El sillón koken es la barca
de Caronte, pero en inglés).
Los espejos saburrosos están rodeados por todas
[partes, por
revistas viejas, conversación, hora del burro, digestión
y ese pelero.

VIDRIERA

yace aquí, embalsamado, el ideal,
quien una vez desesperado agarró el frasco
de agua florida y se dio un tiro.
De modo pues que cútex, peines transparentes,
cepillos para dientes,
ganchitos para el pelo —¿sabe usted lo que es Irium?—
y la señorita que sonrío
porque se retrató con un jabón germicida
como si fuera una gran cosota.

CUENTO DE NAVIDAD

Al niño todo desaliño
le pregunté: —Dime en dos platos,
hijo, ¿qué quieres tú que el Niño
Jesús te ponga en los zapatos?

No contestó en ninguna forma,
pero me habló por él su abuela:
—Si usted supiera, él se conforma
con que le ponga media suela...

RATÓN PÉREZ

*Parodia lírica de un cuento popular infantil, en un acto,
cuatro escenas y un epílogo gatuno*

*A Pedro Emilio Coll**

REPARTO

La Hormiguita, que no pica
ni come dulce (ni nada,
pues la tienen concertada
con una familia rica).

Y un ratoncito arruinado
que ya está casi en el hueso
porque está muy caro el queso
y no se lo venden fiado.

Los escenarios
son surrealistas
y los artistas
imaginarios.

* «Gracias, mi querido Nazoa, por la bondadosa dedicatoria con que me distingue. No “maestro” suyo me considero, pero sí unido a usted por íntimas afinidades espirituales. ¡Con cuánta ternura evoca usted el inefable cuento infantil! ¿Habrán quienes no lo comprendan? Que el pobrecito de Asís nos reserve una migaja de amor, que es pan del alma, al lado de Ratoncito Pérez. Así sea. Le abraza cordialmente en el día de Lenin, su viejo admirador y amigo, Pedro Emilio Coll».

Con esta advertencia
ya queda entendido:
cualquier parecido
será coincidencia.

Último damos,
sube el telón
y comenzamos
con la función.

La hormiga, barre que barre
levanta el polvo mojino
sin importarle un comino
que el público se acatarre.

Inmóvil queda
y en el petate
ve una moneda
de chocolate.

ESCENA I

Hormiguita

—¡Dadme algún remedio!,
¡traedme un colirio!,
pues tengo el delirio
de que he visto medio!

Apuntador

—No es delirio: lo que ves
es un pilón de dinero
que te hará feliz primero
y desgraciada después.

Hormiguita

—Si sueño no fuera,
con él compraría
una dulcería
y una azucarera;
mucho confitura,
mucho mermelada
¡y un perol de pura
leche condensada!

(al público)

Y si hay alguno que quiera
gozar conmigo estos reales,
que suba por la escalera
para fijar esponsales.

(Suben del salón,
dándose gran tono,
la Foca y el Mono
y el Sapo Lipón).

Hormiguita (a la Foca)

A usted ni loca
le doy mi mano,
porque la foca
no toca el piano;

lo que es al sapo
no me le abono,
y en cuanto al mono,
¡ni lo destapo!

(Al fondo se abre un portón,
suena el Himno Nacional
y con porte señorial
hace su entrada el Ratón).

ESCENA II

Ratón (lírico)

—Para tu dedo meñique
traje un arito plateado;
tiene tu nombre grabado
con letricas de alfeñique.

Hormiguita (conquistada)

¡Que el campanario repique
llamando a fiesta nupcial...!
Vestida iré de percal,

pendientes de anís tendré
y a la mar le pediré
gargantillas de coral.

(Por la escena
semioscura
entra un cura
filiestrín,
y advirtiéndolo
que ha olvidado
su tratado
de latín,

los llama a los dos
y en nombre de Dios
une en la capilla
sus dos corazones
leyendo oraciones
del libro Mantilla).

ESCENA III

Presenta la escena
un nido de amor
en cierta alacena
casa del autor.

Se escucha el rumor de un beso.
Cruzando el follaje espeso
van mariposas de prisa

y embalsámase la brisa
con un suave olor a queso.

Ratón

—Como el jardín después que escampa
yo tengo fresco el corazón,
sin los azares de la trampa
ni la felina inquisición.

Hormiguita

—Hoy yo comprendo a la cigarra
que el tiempo bello despilfarra
sin tener más ocupación
que la de hacer del mediodía
una sonaja de alegría
y de la tarde una canción.

Ratón (burlón)

—Siendo Hormiguita,
como eres,
¿cantar quieres
tú también?

¡Caracoles,
vida mía,
que diría
La Fontaine!
(Una campana suena,
lejana).

Hormiguita

—Me voy porque me espera
la misa de ocho.

Ratón

—Mientras tú estás por fuera
yo haré el sancocho.

Hormiguita

—Ponle cebolla,
y ten mucho cuidado
con esa olla.

ESCENA IV

La hormiga vuelve de misa
y con amable sonrisa
saluda a la gente toda,
exhibiendo la andaluza
que le mandó la lechuza
como regalo de boda.

Hormiguita

—Ratoncito, ¿dónde estás?

¡Te doy a cambio de un beso,
una tortica de queso
patagrás...!

(silencio)

—Si no responde
será que duerme,
o que se esconde
por sorprenderme...

(silencio)

*Lo busca en la alcoba,
lo llama en la sala,
sacude una escoba,
levanta una pala.*

(silencio)

*Y al pensar que al ratoncillo
algo espantoso le ocurre,
siente un lagarto amarillo
que por sus venas se escurre,
y piensa sobrecogida
en la vez que se halló sola
en un disco de vitrola
sin encontrar la salida.*

(silencio)

*Loca y desalada
corre a la cocina;
al fogón se empina
y vuelve callada.*

(silencio)

*Con lágrimas cristalinas
moja el retrato nupcial
mientras el viento otoñal
se filtra por las cortinas.*

EPÍLOGO

Oración fúnebre del gato

—En un zapato de niño
lo vinimos a enterrar;
lloró por él la tinaja
y el caballito de mar,
y el lagartijo no vino
porque se puso a llorar.
Esperándolo en el cielo
los inocentes están,
San Francisco en su pañuelo
guardó migajas de pan
y en Hamelín un flautista
tiró la flauta en el mar.

Telón lentísimo

EL POETA CANTA A LAS COLEGIALAS

Han tocado su fin las vacaciones,
los muchachos retornan a la escuela
y nuevamente el juvenil tumulto
viene a alegrar la vida caraqueña.

Y puesto que el servicio diplomático
ha dejado a la patria sin poetas,
me toca a mí, modesto aficionado,
cantarle a la parvada que regresa.

Y ¿cómo no cantarles, si por ellos
revive la ciudad su adolescencia
y para recibirlos ya los días
cerraron sus postigos de tristeza,
y ha vuelto a ser el mundo
como un patio escolar en primavera?

¡Tiempo especial para evocar la infancia,
la infancia en cuyo fondo hay una escuela
con un pozo muy dulce y un granado
y unas niñas tiernísimas que juegan!

¡Nadie diga que el mundo no es hermoso,
ábranse al nuevo abril todas las puertas

que aquí vienen las claras colegialas
de limpios ojos y rurales trenzas!

Homenaje de honor y bienvenida,
ofréceles octubre rosas nuevas,
son más gratos los cielos y está todo
como diciendo un canto de inocencia.

Unas llevan limones de fragancia,
las otras un jazmín de estío llevan,
y a todas las escolta la mañana
que también hoy volvió para la escuela.

¡Salud, salud, alegres colegialas!
¡Salud, claras muchachas caraqueñas,
que vais como en un carro de alegría
repartiendo sonrisas en frambuesa!

Y como ya mi inspiración se agota
y os he dicho bastantes cosas bellas,
seguid vuestro camino, señoritas,
para que no os regañe la maestra.
(Las que quieran autógrafo me avisan
para ir a esperarlas en la puerta).

LAS LOMBRICITAS

Mientras se oía
desde una rosa
la deliciosa
marcha nupcial
que con sus notas
creaba un ambiente
completamente
matrimonial,

Dos lombricitas
de edad temprana,
cierta mañana
del mes de abril
solicitaron
en la pradera
al grillo, que era
jefe civil.

Al punto, el grillo
con dos plumazos
ató los lazos
de aquel amor.
Las lombricitas
se apechugaron
y se mudaron
para una flor.

Tras una vida
dulce y risueña,
con la cigüeña
las premió Dios.
Y cuando abrieron
las margaritas,
las lombricitas
ya no eran dos.

La primorosa
recién nacida
pasó la vida
sin novedad.
Y al cuarto día
de primavera
ya casi era
mayor de edad.

Quiso ir entonces
a una visita,
y su mamita le dijo: —¡No!
Mas de porfiada,
salió a la esquina
y una gallina
se la comió.

DON ANSELMO

Desde hace muchos años,
sin fallar, a la hora del almuerzo,
día a día en el quicio de mi casa
se sienta un pobre viejo.

Los muchachos del barrio
lo tratan con cariño y con respeto,
y hasta hay algunos que con él comparten
su menguada ración de caramelos.

Nadie sabe su nombre
ni jamás ha tratado de saberlo,
pero es tan venerable su figura,
tan rebosante de bondad su aspecto
y su manera de mirar tan dulce,
que todos lo llamamos don Anselmo.

Y se sienta en el quicio de mi casa
—como ya dije al comenzar el cuento—
y se pone a contar los centavitos
que recogió mostrando su sombrero,
o tierno y paternal tiende la mano
para hacerle arrumacos a algún perro.

Sin que él toque, en mi casa
por intuición sabemos
que en su sitio habitual ya está instalado,
como todos los días, don Anselmo.
Sale entonces mi madre, y el mendigo
le da tres perolitos que al regreso
vienen llenos de sopa, de ensalada,
de tortilla, de plátano, de huevos
y de mil cosas más que, francamente,
quisiera recordar pero no puedo.

Llegados a este punto de la historia,
me dirán los lectores: ¡Qué embustero!
Ni las casas de ahora tienen quicio
ni existe semejante don Anselmo,
ni en la casa de usted cocinan tanto,
ni todo ese menú se come un viejo,
y aunque se lo comiera, no cabría
en unos perolitos tan pequeños.

Pues bien, me habéis cogido en la pisada:
he mentado, señores, y no niego
que cuanto he referido es puro embuste:
¿Pero verdad que es bello, bello, bello?

LES FLEURS DU MAL

Sus gustos se compendian en dos cosas que son:
el cine mexicano y el Champagne de Caron's.
Aunque trigueña, tiene la melena dorada:
virtud maravillosa del agua oxigenada.

Las dos o tres sortijas que luce en cada mano
son, como las pulseras, del más grueso cochano:
material empeñable que proviene sin duda
del señor que «la ayuda».

Creylene en brujerías y otras mágicas artes,
se fuma su tabaco los viernes y los martes;
y los lunes se baña con cierta agua rosada
que por sí sola tumba cualquier empalizada.

Opone los cosméticos a su física ruina,
mas no hay Dios que le borre las patas de gallina:
nada hace que los años su desastre retarden,
a pesar de Max Factor y de Elizabeth Arden.

Y como ella bien sabe que no le quedan muchos,
hoy quema en el turismo los últimos cartuchos,
y cada mes se pasa de diez a quince días
en Curazao, y que «comprando mercancía...».

AQUILES AUTOBIOGRÁFICO

Nací en la barriada El Guarataro, de Caracas, el 17 de mayo de 1920.

He estudiado muchas cosas, entre ellas un atropellado bachillerato, sin llegar a graduarme en ninguna.

He ejercido diversos oficios, algunos muy desagradables, otros muy pintorescos y curiosos, pero ninguno muy productivo, para ganarme la vida. A los doce años fui aprendiz en una carpintería; a los trece, telefonista y botones del Hotel Majestic; y luego domiciliario en una bodega de la esquina de San Juan, cuando esta esquina, que ya no existe, era el foco de la prostitución más importante de la ciudad.

Más tarde fui mandadero y barrendero del diario *El Universal*, cicerone de turistas, profesor de inglés, oficial en una pequeña repostería y director de *El Verbo Democrático*, diario de Puerto Cabello. Durante los últimos diez años me he compartido entre las redacciones de *Últimas Noticias*, *El Morrocoy Azul*, *El Nacional*, *Élite* y *Fantoches*, del que fui director.

Alguna vez fui encarcelado por escribir cosas inconvenientes, pero esto no tiene ninguna importancia. A cambio de ese pequeño disgusto, el oficio me ha deparado grandes satisfacciones materiales y espirituales.

Mi mujer y yo somos los dueños del único tándem o bicicleta de dos pasajeros que existe en Caracas. Muchos de

los comentarios que este extraño vehículo suscita al pasar junto a los grupos de echadores, me sirven a las mil maravillas para sazonar lo que escribo.

EN LA PLACITA

Por escribir alguna bagatela
sobre el reencuentro con las cosas idas,
hoy vuelvo a recorrer las avenidas
que antaño me llevaban a la escuela.

Marco de aquella edad fue esta plazuela
llena de rosas blancas o encendidas,
y las acacias, ¡siempre tan floridas!,
del Gran Ferrocarril de Venezuela.

¡Oh, placita infantil en la que un día
el duro corazón de un policía
me hizo llorar hasta ponerme ronco!

Tú has sido más feliz que la arboleda,
pues de aquellas acacias ya no queda
ni una ramita, ni una flor, ¡ni un tronco!

INVOCACIÓN AL TRANVÍA

Tranvía de Caracas, buen tranvía
que te marchaste de la población
con tu presencia de juguetería
y con tus campanitas de cordón...

Porque yo te recuerdo todavía
y te guardo sencilla devoción,
he resuelto escribirte esta elegía
así, por no dejar, sin son ni ton...

Elegía muy tierna que te traje
desde los viejos cables del paisaje
donde —memoria musical— persistes.

Y que escribo en el polvo que te cubre
porque yo soy un tonto y está octubre
como para decir cosas muy tristes.

LLUVIAS

Han llegado las lluvias. Muchos recuerdos gratos vienen a mi memoria cuando empieza a llover: mis tardes en la escuela, mis primeros zapatos, mis primeros amigos, los que no he vuelto a ver...

¿Serán ellos ahora como estos mentecatos que en mojarse no encuentran el más leve placer, y huyendo de la lluvia, como si fueran gatos, con las primeras gotas echaron a correr?

Yo mismo, que en mis tiempos de escolar no sabía de contento más grande ni mayor alegría que salir, en el cinto las alpargatas rotas, a vadear las corrientes, chapoteando en el barro, hoy soy un caballero que le teme al catarro... Definitivamente somos unos idiotas.

PARA ÁLVARO SANCLEMENTE

Álvaro Sanclemente, ¡amigo mío!,
me dicen que estás malo, y yo quisiera
darte —rosa cordial de cabecera—
esta canción de afecto que te envío.

Y en cuyo fondo pasa como un río,
un río de tristísima ribera,
tu Bogotá frutal y jardinera
arrebujada en su gabán de frío.

Pues hoy al escribirte está presente,
con su luz de vitral sobre mi frente,
la lírica postal iluminada

que le enviaste a mi noble compañera
cuando yo te abracé por vez primera,
Álvaro Sanclemente, ¡camarada!

ELEGÍA SENCILLA

Hermano, hermano, pienso todavía
en tu sueño de amor: los grandes viajes.
¡Cuántas veces viajó en los equipajes,
que no eran tuyos, tu melancolía!

Y has muerto sin viajar; tu fantasía
ya no explora los nórdicos paisajes,
ni escribes el valor de los pasajes
al margen de tu rota geografía.

Al camposanto parroquial del puerto
te condujeron, pobre hermano muerto,
en tu caja de pino un turbio día.

Y al sur de tus zapatos marineros
quedó la mar feliz de los viajeros
cantando para siempre tu elegía.

EXALTACIÓN DEL PERRO CALLEJERO

Ruin perro callejero,
perro municipal, perro sin amo,
que al sol o al aguacero
transitas como un gamo
trocado por la sarna en cachicamo.

Admiro tu entereza
de perro que no cambia su destino
de orgullosa pobreza
por el del perro fino,
casero, impersonal y femenino.

Cuya vida, sin gloria
ni desgracia, transcurre entre la holgura,
ignorando la euforia
que encierra la aventura
de hallar de pronto un hueso en la basura.

Que si bien se mantiene
igual que un viejo *lord* de noble cuna
siempre gordo, no tiene
como tú la fortuna
de dialogar de noche con la luna.

Mientras a él las mujeres
le ponen cintas, límpianle los mocos,
tú, vagabundo, eres
—privilegio de pocos—
amigo de los niños y los locos.

Y en tanto que él divierte
—estúpido bufón— a las visitas,
a ti da gusto verte
con qué gracia ejercitas
tus dotes de Don Juan con las perritas...

Can corriente y moliente,
nombre nadie te dio, ni eres de casta;
mas tú seguramente
dirás, iconoclasta:
—Soy simplemente perro, y eso basta.

La ciudadana escena
cruzas tras tu dietético recurso,
libre de la cadena
del perro de concurso
que ladra como haciendo algún discurso.

Y aunque venga un tranvía,
qué diablos, tú atraviesas la calzada con la filosofía
riente y desenfadada
del que a todo perder no pierde nada.

LA VIDA COTIDIANA

Levantarse temprano, cepillarse los dientes
y tomar, si lo han hecho, dos sorbos de café;
discutir de dinero con todos los parientes;
irse para el trabajo, probablemente a pie.

Volver a mediodía, comerse unos calientes
macarrones en sopa y un grasiento bistec,
mientras la esposa informa que el tres de los corrientes
cumple un año —y no tiene zapatos— el nené.

Saber que de repente se ha muerto algún amigo,
ir al cine a ver cosas que no valen un higo;
ponerse los domingos un flux de casimir.

Y seguir dando vueltas, como el burro a la noria,
en torno de la misma, ¡siempre la misma historia!
Qué ciencia tan sencilla la ciencia de vivir.

AL TUERTO LÓPEZ

Tuerto López, me estoy pasando el día
en un desvencijado poblachón
donde no turba la monotonía
sino el paso fugaz de algún camión.

Nada le falta: ni la pulpería
con su burro amarrado de un horcón,
ni la municipal chismografía
de las solteras sin composición.

Hay una paz asnal que no convida
sino a echarse a dormir, porque la vida
es, mi querido Tuerto, por acá,

intransitable y sorda como esta
calle por donde a pleno sol de siesta
pasa el bobo diciendo: —Bá, bá, bá...

POEMA RIGUROSAMENTE PARROQUIAL

Un día —cualquier día—, sin meditarlo mucho,
cansado de hacer versos cogeré mi morral
y en busca de sosiego me marcharé a un pueblucho
donde nunca suceda nada trascendental;

donde pueda pasarme la vida en un chinchorro
hablando con la vieja dueña de la pensión
sobre los amoríos de su ahijada Socorro,
la moral de estos tiempos, la mala situación...

Por las tardes, sin saco, me sentaré a la puerta
—recostada la silla de cuero a la pared—
para ver al curita que en la plaza desierta
evoca las escenas cristianas de Millet.

Me llegaré otras veces al botiquín de enfrente
en donde los «pesados» juegan al dominó
y allí tendré una charla pueril e intrascendente
con un bachillercito poeta como yo.

Seré el mejor amigo de un viejo excomulgado
detenido tres veces por el jefe civil
por acusar al cura de ladrón de ganado
y a la Iglesia católica de empresa mercantil.

Y vendrán los domingos —esbozo de sonrisa
sobre la adusta cara del tedio parroquial—
con sus pobres muchachas que concurren a misa
y su descolorida banda municipal.

Yo también daré entonces unos cuantos paseos
por la pequeña plaza, y acaso yo también
me incorpore a la cuerda de locales romeos
que «se tiran a fondo» con todo lo que ven.

Después para sus casas se irá toda la gente
mientras de algún potrero viene el triste gemir
de un burro que rebuzna melancólicamente
anunciando la hora de acostarse a dormir.

Y seguirá mi vida monótona y oscura
sin que en ella suceda nada trascendental,
salvo alguna pequeña discusión con el cura
o alguna periquera de tipo electoral.

Hasta que un día salga montado en mi tarima
rumbo del camposanto, y algún corresponsal
escriba mi elegía con esta frase encima:
«Ha muerto el secretario del juez municipal».

ZOO DOMINICAL

Llevemos los niños al zoo
y aprenderán el secreto de los animales
el zoo es más barato que el cine
mucho más sentimental también
y a todos nos gusta del mismo modo
que nos gustaría exprimir el tubo del dentífrico
para ver la salida del chorrillo súbito.

Elefante para ir a la escuela
el canguro pintándose los labios
el león se está fumando un tabaco
el mono siempre tratando de ensartar una aguja
el cisne stradivarius.

Hipopótamo cuasimodo subyacente
vejez de anna pavlova el avestruz
burro verdaderamente en calzoncillos la cebra
el tigre aburrido de tanto ser tigre
mariano picón salas se parece a mefistófeles
régulo burelli rivas usa bigote para cepillarse la
[sonrisa
pedro emilio coll royendo un chiste como un pedacito
[de queso.

La jirafa deshoja la flor de su adolescencia
la jirafa evocación de la primera novia
me provoca enamorarme de la jirafa.

Y por fin la ardilla enanito buscando a blanca nieve
dentro del corazón perfumado de las nueces.

Llevemos pues los niños al zoo
y serán poetas cuando estén grandes, verdad rosita.

DOMINGO

Este domingo, que estará nublado,
lo pasaré al amor del tibio lecho
con un gran libro abierto sobre el pecho,
como un convaleciente delicado.

Tú vendrás varias veces a mi lado
con el café oloroso y recién hecho,
que yo me tomaré con el derecho
que tiene al buen café todo hombre honrado.

Lloviznaré. Junto al fogón fragante,
al son de la gotera en el bajante,
entonarás una canción sencilla.

Y así el domingo familiar y ameno
te hará más dulce a ti, y a mí tan bueno
como un niño inventado por Mantilla.

ESPERANZA*

Cuando los barcos rotos y desiertos
sueñan bajo la luna con zarpar,
por las calles nocturnas de los puertos
va mi canción al mar.

Yo soy tu amor viajero,
mi capitán,
en mi vela más alta
va tu recuerdo y mi voz por la brisa
te busca en el mar.

Beso largo de espuma te daría
para ser en tus brazos como el mar
y hechizarte de bruma y lejanía
y ensoñación lunar.

Yo soy tu amor viajero,
mi capitán,
en mi vela más alta
va tu recuerdo y mi voz por la brisa
te busca en el mar.

* Canción con música de Eduardo Serrano, perteneciente al guion de la película *La balandra Isabel llegó esta tarde*, basada en el cuento homónimo de Guillermo Meneses.

DEDICATORIA

Cuando yo digo el nombre de María,
que para mí es la voz del agua clara,
es como si a los campos me asomara
con la mano de un niño entre la mía.

Porque su nombre es campo en lejanía
con mastranteros de fragante vara
y ella en las manos lleva y en la cara
los olores suavísimos del día.

Así pues fue el amor, sencillamente,
quien su nombre inscribió sobre mi frente
con cinco letras de melancolía.

Y no es mi voz sino el amor quien canta
como espiga sonora en mi garganta
cuando yo digo el nombre de María.

SOUVENIR DEL FRÍO

Aire pascual. La gente se apresura.
Desnudo en la ciudad transita el frío.
Colegial de excursión entre el gentío,
diciembre toma clases de pintura.

La mañana es mi amor, de la cintura
la lleva por la calle el brazo mío,
y la plaza que es plaza y es navío
trae una alegre carga de frescura.

Por las calles del clima los señores
sustituyen sus báculos por flores
y dan, como propinas, margaritas.

¡Medicina de amor: aires pascales
que llevan en sus brazos matinales
un racimo de frescas señoritas!

MUCHACHAS BAJO LA LLUVIA

Muchachas que pasáis bajo la lluvia
con campanitas de agua en el cabello;
niñas de la actitud samaritana
que lleváis levantados los cuadernos
como para que el agua milagrosa
su inocente canción escriba en ellos.

Muchachas que ofrecéis vuestras mejillas
al fauno picarón del aguacero;
frutales niñas que cruzáis la tarde
de trenzas largas y uniforme nuevo:
¡con qué gusto romántico os daría
mi corazón envuelto en un pañuelo!

A ti, delgada niña que transitas
con paso saltarín de minuterero,
te pondría esta flor de mi solapa
—sombrija vegetal— entre los dedos.

Y tú, la de la capa y verde gorro
de enanito de cuento,
en una torre de ajedrez podrías
vivir mientras escampa el aguacero.

Oh niñas que pasáis bajo la lluvia,
mojados pajaritos del buen tiempo,
¡venid, que en barco de papel nos vamos
a jugar con la lluvia por los puertos!

BALADA DE HANS Y JENNY

A María Teresa Castillo

Verdaderamente, nunca fue tan claro el amor como cuando Hans Christian Andersen amó a Jenny Lind, el Ruiseñor de Suecia.

Hans y Jenny eran soñadores y hermosos, y su amor compartían como dos colegas comparten sus almendras.

Amar a Jenny era como ir comiéndose una manzana bajo la lluvia. Era estar en el campo y descubrir que hoy amanecieron maduras las cerezas.

Hans solía contarle fantásticas historias del tiempo en que los témpanos eran los grandes osos del mar. Y cuando venía la primavera, él la cubría con silvestres tusilagos las trenzas.

La mirada de Jenny poblaba de dominicales colores el paisaje. Bien pudo Jenny Lind haber nacido en una caja de acuarelas.

Hans tenía una caja de música en el corazón, y una pipa de espuma de mar, que Jenny le diera.

A veces los dos salían de viaje por rumbos distintos. Pero seguían amándose en el encuentro de las cosas menudas de la tierra.

Por ejemplo, Hans reconocía y amaba a Jenny en la transparencia de las fuentes y en la mirada de los niños y en las hojas secas.

Jenny reconocía y amaba a Hans en las barbas de los mendigos, y en el perfume de pan tierno y en las más humildes monedas.

Porque el amor de Hans y Jenny era íntimo y dulce como el primer día de invierno en la escuela.

Jenny cantaba las antiguas baladas nórdicas con infinita tristeza.

Una vez la escucharon unos estudiantes americanos, y por la noche todos lloraron de ternura sobre un mapa de Suecia.

Y es que cuando Jenny cantaba, era el amor de Hans lo que cantaba en ella.

Una vez hizo Hans un largo viaje y a los cinco años estuvo de vuelta.

Y fue a ver a su Jenny y la encontró sentada, juntas las manos, en la actitud tranquila de una muchacha ciega.

Jenny estaba casada y tenía dos niños sencillamente hermosos como ella.

Pero Hans siguió amándola hasta la muerte, en su pipa de espuma y en la llegada del otoño y en el color de las frambuesas.

Y siguió Jenny amando a Hans en los ojos de los mendigos y en las más humildes monedas.

Porque, verdaderamente, nunca fue tan claro el amor como cuando Hans Christian Andersen amó a Jenny Lind, el Ruiseñor de Suecia.

LA SEÑORITA DELON Y LECCIÓN DE MÚSICA

¿Cómo será, corazón,
la señorita Delon?

¿Recibirá tristes postales
de su discípulo mayor,
o bordará en el tamborcillo
iniciales de ruiñeñor?

¿Aromará su pañuelo,
su pañuelo del aire, con zumo de limón?
¿Sabrá, sabrá que el conejo
reza el rosario ante la col?

¿Sabrá ella que hay tardes
en que el avión no es avión,
sino un palomar del cielo
que pasa diciendo adiós?

¿Cómo será, corazón,
la señorita Delon?

Preséntamela en primavera
y si de noche mejor,
mientras las arpas del viento
dicen su nombre en do menor.

ESTACIÓN

Decid, buen pañuelito de señora,
banquitos de bazar, sala de espera,
¿es esta la estación de Primavera?
Di, relojín de novios, ¿cuál tu hora?

Corazón menos cuarto, hora de aurora.
Voy al cine al revés: la carretera.
¿Enfermo? Sí; lo estoy de pasajera
solterona y azul y soñadora.

Pida sin titubear: llevo guardados
pasajeros de fresa iluminados,
silbatos del color que usted los quiera.

Pero, perdone usted, llegó la hora:
¡Adiós, adiós, mamá locomotora,
adiós, tontos vagones de tercera!

A UNA NIÑA

Hacia donde la brisa y su vilano
regalan ruisiñores de sonido;
por un mundo inocente y hortelano
que ni el llanto conoce ni el olvido:

De color en color, de nido en nido,
vestida tú de abril, yo de verano,
tú cogiendo limones, yo dormido,
mi corazón te lleva de la mano.

Niña de oro, espiga de inocencia,
regato de mi alcor, pluma liviana,
a la delgada luz de tu presencia

levantará su fuente mi solana,
y reconoceré en tu transparencia
la inefable niñez de la manzana.

UNOS NIÑOS

A ver el tren que llega
jadeante, fatigado
de andar dando silbidos
para alegrar los campos,
o colocando nubes
sobre los cielos mansos;
el tren de los viajeros
jubilosos de mayo,
en cuyas ventanillas
va el corazón viajando;
el tren que las colinas
remonta cabizbajo
por ir paciando flores
—¡oh lírico caballo!—;
el tren que escupe estrellas
y respira relámpagos,
a ver el tren dos niños
a la estación llegaron.

Por el andén pasean
cogidos de la mano
y luego, como absortos,
se sientan en un banco.
El menor lleva una
varita de durazno,

y a medida que al otro
le va todo explicando,
en el aire con ella
va como dibujándolo:
«La máquina es oscura»
«Los vagones son largos»
«El hombre que maneja
se metió por debajo...».
«¡Mira, tiene una gorra
de capitán de barco!».

¡Oh lección inocente!
¡Tonto Libro Primario!
Todo lo escucha el otro,
pero sigue callado,
los ojos en el cielo
y en las piernas las manos.
Es un ciego. Es un ciego,
¡un ciego de once años!,
que del tren solo entiende
lo que dice el silbato
y la plática simple
que le dicta su hermano
y que siempre es la misma
sobre aquel mismo banco:
él con los mismos ojos
al cielo levantados,
y el otro con la misma
varita de durazno,
como un arcángel pobre
gestionando un milagro.

Cargado de alegría
se marcha el tren de mayo,
el tren que escupe estrellas
y respira relámpagos.
A su paso florecen
los pañuelitos blancos,
y por el niño ciego
que en silencio ha quedado,
va la locomotora
gimiendo por los campos.

VISIBLE SUEÑO

Serena, casi imagen, casi alma, sentada
en la actitud del que ha dejado, de tan triste,
una bella lectura suspendida;
la frente en el cristal, y sobre el pecho
las provincianas trenzas mal tejidas,
en el vagón que juega a que viajamos
una muchacha va dormida.

Y en las raudas imágenes que el viento
trae a su ventanilla
—arroyos que andan descalzos, arbolitos que van para la
escuela, nubes de domingo—
todos creemos ver un poco lo que ella
debe ir soñando.

CANCIÓN CON UNA NIÑA

los pájaros la saludan...

GÓNGORA

Liliana se asoma al día
como a un pequeño balcón,
desde el aire la saludan
los pajaritos de Dios.

Al pasar las golondrinas,
Liliana les dice adiós
con un pañuelito blanco
bordado en el bastidor.

Arcángeles niñas pulsan
al clave un aire de amor
y en las manos de Liliana
cae, pequeño, un ruiñeñor.

Por los ojos de Liliana
—espejitos del amor—
pasa el aprisco inocente
de San Juan, niño pastor.

Y pasa, oloroso a musgo,
por los campos del Señor,
San Isidro arando nubes
con dos bueyes de cartón.

Por los ríos del poniente
conduciendo al Niño Dios,
se fuga un barco de ruedas
con San Pedro en el timón.

Ya Liliana cierra el día
como un pequeño balcón
y la tarde queda ungida
de su suavísimo olor.

RECUERDO DE ADELAIDA RUITINER

A Rafael Pineda

Solo un montón de tierra con un número encima
queda de esta muchacha que nomás hasta ayer
nos hablaba del gozo simplísimo que había
en recorrer los campos en el atardecer.

Se llamaba Adelaida Ruitiner, y solía
cantar viejas canciones con las que, sin saber,
nos llenaba la casa de una ternura límpida
cuando junto a los niños se sentaba a coser.

Tenía un bello libro marcado con violetas
en las partes que a veces le gustaba evocar.
(Prefería entre todas una, de honda belleza,
que empezaba diciendo: «No he visto nunca el mar...»).

Era por el verano como una corza, era
una elástica corza bajo el sol del verano:
se bañaba en los ríos, junto a las grandes piedras
y volvía, olorosas a limones las manos.

Pero cuando llegaban los tiempos invernales
y el cielo de la casa se ponía a llover,
Adelaida miraba las hojas sollozantes
y entonces también ella lloraba sin querer.

Y callábamos todos inexplicablemente.
Algo ajeno a nosotros nos quebraba la voz...
«Pasó un ángel», decían las festivas mujeres
y la vida seguía su amoroso rumor.

Y un invierno muy largo, uno de esos inviernos
en que todo lo triste se puede presentir,
ella cruzó por siempre las manos sobre el pecho.
Todos vimos su llanto. Nadie la vio morir.

BAÑISTA

(Para comentar un dibujo de Durbán)

Labios del agua, lentos y delgados,
te recorren y cantan, flauta viva,
y en la delicia de tu piel se aviva
un paisaje con pinos y venados.

Mapas de oro y miel, súbitos prados
va inaugurando en ti la linfa activa
que con dedos sin tacto te cautiva
rodillas y cuadriles y costados.

Así por la corriente aprisionada
diluyéndose va tu arquitectura
hasta ser, tú también, agua serena.

Y ya de luz y peces habitada,
es el agua quien bebe tu frescura
y tú quien huye y canta por la arena.

ELEGÍA CARAQUEÑA

Pedro Emilio Coll, 1947

Como si un compañero del colegio
desde alguna ciudad triste y remota
me enviase una postal de esas que cuentan
las noticias más tiernas y más tontas:
«Tenemos un jilguero,
ayer murió mi novia,
no dejes de escribirme los domingos,
cuéntame muchas cosas...».

Con esa vaga sensación de ausencia
que tiene el que se queda largas horas
mirando desde un puerto desolado
los navíos que zarpan en la aurora,
oigo sonar tu nombre, Pedro Emilio,
que cruza como un río mi memoria.
Oigo sonar tu nombre y casi siento
el calor de tus manos amistosas;
evoco tus cabellos sosegados
que eran como una tarde con palomas,
tu sonrisa infantil de Ratón Pérez,
tu bondad filosófica
y, en fin, tu vida que cerró la muerte
como un libro de versos una novia.

Por el país dulcísimo del sueño
 viajando estás ahora;
 a tu paso dirán las golondrinas;
 —¡Allá va Pedro Emilio en su victoria!
 Para verte pasar Santa Cecilia
 a su balcón de música se asoma
 y en bienvenida tuya pulsa al arpa
 el triste vals de Juventino Rosas.

Así tendrás el cielo a que aspirabas,
 un cielo a tu medida, sin retórica,
 con un Dios que perdona el socialismo
 y un San Gabriel que se parece a Mozart.

Así te pienso yo cuando te siento
 cantando como un río en mi memoria.
 Desde mi corazón puedo escucharte
 cuando con los arcángeles dialogas:
 les hablas de Caracas, de lo bueno
 que es estar en Caracas a esa hora
 en que el Ávila vuelca por las calles
 una cesta rural de mariposas.

Les hablas largamente de Paulita
 que es tu mujer y tu perenne novia
 y que pobló de música tu vida
 con su nombre de tórtola.

Así te pienso, en fin, cuando se pueblan
 de adelfas los caminos de la aurora,
 cuando la tarde es solo una elegía
 y los caballos cúbrense de hojas.

LLEGA LA CHOLITA

Al ingenuo domingo de plaza mayor y
visita del obispo,
con presurosas patitas de arroyo llegas
cholita y te instalas como
una pequeña iglesia con tu torrecita de medio lado,
o bien, centro de mesa
para suntuoso almuerzo de compadres campesinos.

El arco iris llevas a la espalda
y en él como una almendra envuelto un niño.

Reina de las aves, verdadera gallina de los huevos de oro,
entre tu nido de colores, allí cacareando ranticúa y caserito,
empollas manzanas, naranjas del color de tu frente,
o juguetes que tienen la edad de tu inocencia
y panes que al comérselos saben a besar tus manos, cholita.

Luego recoges en tu aguayo los últimos colores del día
y con el arco iris al hombro te vas, adiós cholita, corazón
del domingo.

CHOLITA BARRENDERA

Arrastrando cadáveres de flores,
moscas, vidrios de rota astronomía,
rueda en las calles sórdidas del día
tu pollera de inútiles colores.

¡Ay rosa de los indios barredores,
qué moneda de amor se perdería
para que se la encuentre tu alegría
a orillas de la calle y sus rumores!

Koli cholita, flor de la basura
con el tallo quebrado en la cintura
y al hombro, como un niño, el cielo indiano.

Qué importan las salivas de la acera
si el alba ha de encontrarte, barrendera,
con un ramo de estrellas en la mano.

EXALTACIÓN DE LA SOPA DE CEBOLLA

Señores invitados e invitantes:
Permitid que me asome unos instantes
a este sávido altar de suculencias
donde dictan su norma los trinchantes
y vosotros, conspicuos oficiantes,
proclamáis la más noble de las ciencias;
permitidme, señoras y señores,
que alzadas nuestras copas como flores,
ciña el viejo laurel mi musa criolla
para exaltar la sopa de cebolla.
Yo las sopas probé más exquisitas,
yo dormí los más pródidos mondongos,
yo fui barquero chino en la de hongos
y astrónomo en la sopa de estrellitas;
yo fui Drake en la sopa de tortuga
y en la sopa de pan fui el Lazarillo,
comprendí en la de coles a la oruga
y en la de ajo a los cuadros de Murillo;
no hubo, en fin, en el mundo una soperá
donde yo mi cuchara no metiera.
Pero frente a esta sopa de cebolla
que más que un comestible es una joya,
con las otras me pongo en pie de guerra,
y declaro al chocar de nuestras copas:
¡la cebolla es la perla de la tierra

y esta sopa es la perla de las sopas!
 Hoy gran dama, ayer moza de hostería,
 la cebolla en un tiempo sufrió tanto
 que a pesar de los años, todavía
 todo el que se le acerca vierte llanto.
 Como una Cenicienta sin madrina,
 su infancia fue el rincón de una cocina
 donde llegó a manjar de baja estofa,
 pitanza de mendigos y juglares,
 en tanto que en la mesa de los Pares
 triunfaban el faisán y la alcachofa.
 Ella fue de Villon musa y divisa,
 ella de Pantagruel cantó la risa;
 su historia juvenil es tan sencilla
 que en dos versos la cuenta el menos parco;
 ella lloró en Compiègne con Juana de Arco
 y estuvo con el pueblo en la Bastilla.
 Hasta que por su dicha y por la nuestra,
 apareció Escoffier en la palestra,
 y como quien del cieno alza una estrella,
 o como el que en un rastro encuentra un Goya,
 probó Escoffier la sopa de cebolla
 y descubrió lo noble que hay en ella.
 Y entonces le enseñó buenos modales;
 de aroma y de sabor le dio lecciones,
 la enseñó a comedirse en las porciones
 y la sentó a las mesas señoriales.
 Y así pasó derecho, de la nada,
 a *Madame* Recamier sopificada.
 ¡Loado de Escoffier el nombre sea,
 loada, donde quiera que haya un plato
 esa nariz vidente cuyo olfato

trocó a Teresa Panza en Dulcinea!
Y a ti, sopa de luna derretida,
para ti, flor de lis de la comida,
las letras de mi canto cambio en flores,
y así anuncio con lengua florecida:
Caballeros, la sopa está servida.
¡Cantemos al Amor de los Amores!

ENCUENTRO CON UNA RELOJERA

...¡Pobres muchachas!

EL TUERTO LÓPEZ

Muchachas del pasado, melindrosas
muchachas del pasado
que cuidando «el tesoro más preciado»
se solían morir tuberculosas.

Y que solo sabían hacer cosas
de cera virgen y papel rosado
o, en algún destemplado
piano, tocará ¡Juventino Rosas...!

Con qué dulce tristeza
las evoco esta tarde en la tibieza
de esta casa rural de cuando El Mocho,

viendo una relojera en la que dice
bordado en lentejuelas: ¡*Berenice*
1908!

NO FIGURATIVO

Fulanito, nacido en Portuguesa,
hijo de un comerciante minorista,
le dio a su gente, al resultar artista,
una agradabilísima sorpresa.

Y como era, pintando, una promesa,
resolvieron mandarlo de turista
a «ampliar su mundo» y a educar la vista
con la escuela pictórica francesa.

Se marchó el mozo, y al primer contacto
que tuvo con París, del arte abstracto
volvió iniciado en los extraños ritos.

Y esto a su hogar le ha dado tanta fama,
que en todo Portuguesa se le llama
«la casa donde pintan los bichitos...».

EL TÍO DE LAS BARBAS

Mi compinche Luis Luksic, pintor y gran poeta,
especie de angelote travieso y muy reilón,
que maneja la vida como una marioneta
y juega con el mundo como con un balón.

Mi compinche Luis Luksic, que si el hambre lo aprieta
se come un pollo frito de su propia invención
y sigue por las calles y plazas del planeta
mostrando como un títere su propio corazón;

Luis Luksic, completando su aspecto de gigante,
se ha dejado una barba frondosa y elegante
como ni las de Hugo fueron nunca tan bellas.

¿Qué pensará hacer Luksic con barbas tan frondosas?
Debe ser para usarlas, digo yo, entre otras cosas
en salir por las noches a barrer las estrellas.

CANCIÓN CON UNA ESTRELLA*

Al cielo de diciembre le ha nacido una estrella;
por las calles del alba juega un niño con ella.

Como el mundo es tan grande, y él tan pequeño,
ella lo lleva en brazos, como en un sueño.

Y con rumbo a la luna del peregrino,
los escolta un cocuyo por el camino.

Al pasar por la casa del Niño Dios,
un pañuelo de nube les dice adiós.

Por las calles del viento cantando van
una estrella y un niño de nombre Juan.

Al cielo de diciembre le ha nacido una estrella;
un niño entre la noche va cantando con ella.

* Canción con música de Juan Carlos Núñez, perteneciente al libretto de T. V. *Aviso luminoso*.

ELOGIO INFORMAL DE LA HALLACA

Pasadme el tenedor, dadme el cuchillo,
arrimadme aquel vaso de casquillo
y echadme un trago en él de vino claro,
que como un Pantagruel del Guarataro
voy a comerme el alma de Caracas,
encarnada esta vez en dos hallacas.

¡Ah, de solo mirarlas por encima
hasta un muerto se anima!
Regordetas, hinchonas, rozagantes,
dijérase al mirarlas tan brillantes
que para realzarles la vitola
las hubieran limpiado con Shinola;
a lo que agregaremos el hechizo
de un olor más sabroso que el carrizo.

Pero desenvolvamos la primera,
que ya mi pobre espíritu no espera.

Con destreza exquisita
corto en primer lugar la cabuyita
y con la exquisitez de quien despoja
de su manto a una virgen pliegue a pliegue,
levantándole voy hoja tras hoja,
cuidando de que nada se le pegue.

Hasta que, al fin, desnuda y sonrosada,
surge como una rosa deshojada,
relleno el corazón de tocineta
y de restos avícolas repleta,
mientras por sus arterias corre un guiso
que levanta a un difunto, vulgo occiso.

Pero ¿cómo olvidar las aceitunas
que, no obstante sus pepas importunas
(las que algunos escupen en el piso),
le dan sazón al guiso?
¿Y la almendra, señores, y la pasa?

¿Y esa tela finísima de masa
que de envoltura sírvele al relleno
y cuando queda cruda es un veneno?

¡Oh divinas hallacas,
aunque os tenga más de uno por dañinas,
yo os quiero porque habláis de una Caracas
de la que ya no quedan ni las ruinas!

FIDEL CASTRO EN EL DÍA

(Regalo de cumpleaños, 19 de agosto de 1961)

Despierto frente al alba y su alegría
que a cuatro voces canta en cuatro mares,
capitán de sinsontes y palmeras,
Fidel Castro inaugura el nuevo día.

Dejando va rumores de herrería
por campos, vegas y cañamelares
y levantando pueblos escolares
que lo saludan en la lejanía.

Con el atardecer, Fidel regresa
al libro digno y a la digna mesa
de quien ganó su estrella cotidiana.

Y al volverse el crepúsculo amarillo,
Fidel se mete el sol en el bolsillo
y le dice a su pueblo: hasta mañana.

QUE ESCRIBIÓ CUANDO SU AMIGO DURBÁN ESTABA ENFERMO

Durbán, hoy es domingo; la mañana de marzo
amaneció tendiendo sus parques bajo el sol.
La primavera envía mensajes, y la brisa
es una colegiala que va diciendo adiós.

Como esas niñas tuyas de la actitud angélica
por cuyas manos corren arroyos de rumor,
el agua de la fuente se arrodilla en la piedra
y da gracias al cielo por el día de hoy.

Y mientras marzo pinta sobre telas de nada
y la ventana es una postal iluminada
y transita la brisa con su bufanda leve.

¡Tú, Durbán, claro amigo, ves naufragar los días
desde la playa muerta de tus sábanas frías
donde estás como un árbol derribado en la nieve!

HIDROGRAFÍA

Tu cuerpo desnudo, amor
tu cuerpo, amor, como el río;
en esta orilla, amor mío,
te está saliendo una flor.

Ay, pero llega el verano,
bebiendo lluvias, amor,
y si te mueves, amor,
se te deshoja la mano.

VA A LAS ALDEAS LUIS CARLOS PRESTES

Ven y que te pregunte, labradora
del pañuelito nuevo entre las manos,
espiga de la sierra y de los llanos,
preferida criatura de la flora.

¿Qué es esta luz de fiesta cazadora
y este contentamiento de manzanos;
por qué tan entusiastas de vilanos
los altos capiteles de la aurora?

—Que lo diga el arado y los pinares
y los pluviales vientos noroestes
lo repitan bebiendo toronjiles:

¡Es que por estos sitios y lugares
pasó mi capitán Luis Carlos Prestes
condecorado de ferrocarriles!

BUENOS DÍAS AL ÁVILA

Buen día, señor Ávila.
¿Leyó la prensa ya?
¡Oh, no...! No se moleste
siga usted viendo el mar,
es decir, continúe
leyendo usted en paz
en vez de los periódicos
el libro de Simbad.
¿Se extraña de la imagen?
Es muy profesional.
¿O es que es obligatorio
llamarlo a usted Sultán
y siempre de Odalisca
tratar a la ciudad?
¡Por Dios, señor, ya Persia
no lee a Omar Khayyám,
y en vez de Syro es Marden
quien manda en el Irán!

Cambieemos, pues, el tropo
por algo más actual:
digamos, por ejemplo,
que usted, pese a su edad
y pese a que en un ojo
tiene una nube (o más),

es un lector celeste
y espléndido, ante el cual
como un gran diario abierto
se tiende la ciudad.

¿Se fija usted? La imagen
no está del todo mal...
¿Que le ha gustado? ¡Gracias!
Volvamos a empezar.

Buen día, señor Ávila,
¿Leyó la prensa ya?
¿Se enteró de que pronto
con un tren de jugar
su solapa de flores
le condecorarán?
¡Oh, no! ¡No, no! No llore,
¿por qué tomarlo a mal?
Será, se lo aseguro,
un tren de navidad
con el que usted, si quiere,
podrá también jugar.
Serán, sencillamente,
seis cuentas de collar
trepándose en su barba
de viejo capitán.

Tendrá el domingo entonces
un aire de bazar
con sus colgantes cajas
de música que van
de la ciudad al cielo,

del cielo a la ciudad.
 ¡Adiós, adiós! los niños
 le dirán al pasar
 y el niño sube-y-baja
 tal vez le cantarán:
 usted dormido abajo
 refunfuñando: ¡Bah...!
 y arriba los viajeros
 cantando el pío-pá.

Pero ¿por qué solloza
 si nada ocurrirá?
 ¿Le asusta que las kodaks
 aprendan a volar?
 ¿O dígame, es que teme,
 ¡mi pobre capitán!,
 que novios y turistas
 se puedan propasar
 y como a un conde ruso
 lo tomen de barman?
 ¿Es eso lo que teme?
 ¡Pues no faltaba más....!
 ¡Usted de cantinero...!
 ¡Qué cómico será!
 ¡Usted, que más que conde
 fue en tiempos un sultán
 con una nube al brazo
 diciendo: —*Oui, madame,*
 en tanto que la triste
 luna de Galipán
 le sirve de bandeja
 para ofrecer champán...!

Buen día, señor Ávila,
me voy a retirar.
Saludos a San Pedro
y a los hermanos Wright.

(El Ávila lloraba,
llovía en la ciudad).

HISTORIA NATURAL CONTADA POR CARLOTA

La tara tiene vocación de carreta,
aunque su actual ocupación es la soldadura autógena.
La cerbatana se consume de sufrimiento por el hijo,
pero no lo perdona.

Ciertas mariposas acaban de salir de misa de cinco.
El sapo no se ha acabado de vestir.
Y hay hormigas que andan preguntándose
[atolondradamente:
—¿Será por aquí? ¿Será por aquí? ¿Será por aquí?
La rana es el corazón del agua.
¿Y quién dice que el alacrán no es un invento bélico de
Leonardo?

El cigarrón es fogonero de una locomotora.
Y la libélula duda entre si estudia química o se casa.
La abeja recomienda, para la gripe, el uso del *sweater*
y próximamente se le
va a casar una hija que en seguida se pondrá como ella.

Las arañas tienen la mano en la mejilla.
¿Cuántas cosas no caben en ese bolso de señora
que llevan debajo del brazo las gallinas?

Los pichones de paloma en camiseta:
pasaron muy mala noche y piensan si se afeitan o no.
Los pavos se pusieron un saco vacío por la cabeza
y las gallinetas un ajustado vestidito de mangas largas.
(Ay, estamos de luto —dicen— pero eso no impide
que nos siga gustando hablar de la vida ajena).

Los conejos no cesan de preguntarse qué pasa qué pasa,
ni las lechuzas de tener las manos en el bolsillo.
El hipopótamo se mete en el agua
y al cabo del rato sale para que lo toquen a ver si ya está
blandito.

Todas estas locuras
me las dice Carlota,
un morrocoy que para no aburrirse,
se distrae escribiendo sus memorias.
Cada mañana sale por el campo,
como un viejito, a saludar las cosas;
orienta a las hormigas extraviadas,
lee algunas noticias en las hojas
y después de indagar si la lechuza
sigue con las parótidas
y si el gusano medidor ya puede
caminar sin muletas, ve la hora,
lo piensa, lo repiensa, y al fin vuelve
a meterse en su concha.

Tiene allí un libro de Samain y tiene
una mesita coja,
ante la cual, en mangas de camisa,
y con sus anteojitos, se acomoda

y a la luz de una vela,
de todo lo que ha visto toma nota.

Y algún día, tal vez de aquí a cien años,
saldrá a la luz el libro de Carlota.

Carlota para entonces se habrá muerto,
y a otro quizás se atribuirá su obra,
mas cada vez que un niño
se ría de leer tan lindas cosas,
habrá un rumor de mariposas blancas
en el lírico túnel de su concha.

MURMURACIONES DE SOBREMESA CON JACQUES PREVERT

En estos tiempos no se puede creer en milagros
hoy al cortar el pan salió volando un pollo
luego supimos que era una broma del panadero
ya decía yo.

En estos tiempos no se puede creer en el amor
anoche nuestro hijo mayor
se tragó a su novia mientras le daba un beso
luego se disculpó diciendo que había sido sin querer
ya decía yo.

En estos tiempos no se puede
creer en lo que pintan los pintores.
Picasso acaba de pintar un caballo
comiéndose el corazón de una muchacha
pero el cuadro se titulaba
muchacha comiéndose el corazón de un caballo
ya decía yo.

FLASH

Una blanca regata
de espumas rotas,
un milagro volando:
cinco palomas.

¡Adiós, postales
Cinco las palomitas
remando el aire!

NAVIDAD DE LOS CAMPOS

Para el pueril pesebre
de la Pascua en la aldea,
un Fra Angélico niño
juega a pintar la tierra.

*Y con tan dulce apego
pintó la Navidad.
que la empezó por juego
y le salió verdad.*

Arriba un cielo diáfano
con nubes de inocencia,
y un pueblo al horizonte
donde las torres sueñan.

*De pascuales colores
construyó su pincel
una escala de flores
para el ángel Gabriel.*

Y abajo, en infinita
distancia de praderas,
echadas como lagos
las apacibles bestias.

*Dos palomitas blancas
pintó en vuelo, también
y eran José y María
camino de Belén.*

Oh campesinas pascuas
en que el mundo regresa
a los simples colores
de un dibujo de escuela.

Navidad de los siete
corderitos que van
regados por el campo
¡como migas de pan!

CASI CANCIÓN

Como una flor de cariño
que me perfuma la sien
llevo el recuerdo de un niño
diciéndole adiós al tren.

SARA A LA ORILLA DEL CREPÚSCULO

Sara se sienta a descansar a la orilla del crepúsculo.
Los últimos oros del atardecer prestigian su frente
y en los cuencos de sus manos entrelazadas
cabe en este momento todo lo simple de la vida.

La soledad la rodea como un abandonado jardín
a una casa abandonada.

De allí la gravedad de su rostro tallado en materia de
montañas y de ahí su espalda de animal doloroso, su
noble espalda de mujer sola bajo la lluvia, sus hombros
que amo como a los hombros de mi madre.

Toda la angustia del mundo crece en mi corazón,
pesa en mi corazón cuando Sara entorna los párpados.

Sara es entonces la imagen de todo lo triste, la novia
muerta de mi hermano, mi último centavo y un pedazo de
pan tirado en la calle.

Cómo no acariciar entonces sus cabellos y como a una
dulce niña adormecerla con la más tierna fábula.

Oh Sara desde ahora hasta siempre toda la vida llevaré un
beso en el bolsillo para regalárselo a tus ojos
cuando en ellos muera el anochecer.

MADRIGAL A MARCO POLO

¿De dónde sale usted, buen Marco Polo,
con ese sombrero colorado?
¿Por qué me encuentro, solo,
en sus ojos de mar equivocado?

Haga danzar, si quiere, a su zaranda
un aire de gavota.
Yo en cambio le regalo una gaviota
para que usted la lleve de bufanda.

A SAN ISIDRO LABRADOR, SANTO DEL PUEBLO

tu mano agraria
NICOLÁS GUILLÉN

Es mayo, padre mío, y de la tierra
fluye un rural aroma de albahaca.
Es mayo, padre mío, y está ahora
lloviendo en las memorias de mi infancia.

Y viene, triste, a sollozar conmigo
la voz que en otros tiempos te llamaba.
¿No recuerdas? La lluvia
se ponía a cantar sobre la casa
y a su compás gratisimo se oía
una voz infantil también de agua.

¿No la escuchas aún? La tarde toda
se hacía una canción en sus palabras
que llegan hoy a mí como venidas
de borrosas comarcas:

—*San Isidro labrador,*
quita el agua y pon el sol

y sonreías tú, porque sabías
que de un juego inocente se trataba.

Buen san Isidro, santo de madera
con las cuatro estaciones en la barba,
tu corazón sobre la tierra oscura
se vierte como un cántaro de agua
mientras los campesinos te bendicen
y lame un manso buey tu mano agraria.

Reconozco tu cuerpo en estos cedros
y en el perfume agreste de su savia;
puedo intuir tu varonil presencia
en el remoto choque de las hachas.
Si hablas oigo tu voz en la del río
y si cantas te escucho en las cigarras.
Mas toda tu bondad está presente
en los humildes granos de cebada
y en el áureo maíz cuyas mazorcas
dóblanse como en tierna acción de gracias.

Abuelo generoso de los pobres,
cúmbila vegetal de la mañana,
el viejo brazo agricultor remozas,
suaviza el yermo surco tu sandalia
y estás presente en la oración del humo
tutelar de las topias aldeanas
que lento sube y a dormir se tiende
como un perro mansísimo en el alba:
¡Mirra de la humildad con que te inciensen
tus buenos camaradas
para que se prodigue tu escarcela
en semillas de amor y de bonanza!

Es mayo, padre agrícola, y mi tierra,
tierra vencida y pobre y desolada,
ha recibido la primera lluvia,
tu transparente dádiva,
¡y ha vuelto agradecida hacia tu nombre
sus tristes ojos de mujer preñada!

POLO DOLIENTE

A Antonio Estévez

*Aquí viene el muerto
de Marigüitar; cuatro pescadores
lo van a enterrar.*

Nació en un puerto, murió en el mar
y se llamaba Juan Salazar.

*Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.*

Anoche, anoche salió a pescar.
Cantando anoche se dio a la mar.

*Aquí viene el muerto
de Marigüitar:
cuatro pescadores
lo van a enterrar.*

Partió cantando, y al aclarar
volvía muerto Juan Salazar.

*Aquí viene el muerto
de Marigüitar:
cuatro pescadores
lo van a enterrar.*

Lo amortajaron los del lugar
con su franela de parrandear.

*Aquí viene el muerto
de Marigüitar:
cuatro pescadores
lo van a enterrar.*

Y ya lo llevan a sepultar
en una caja sin cepillar.

*Aquí viene el muerto
de Marigüitar:
cuatro pescadores
lo van a enterrar.*

Mudas las gentes lo ven pasar.
Luego se quedan mirando el mar.

*Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.*

Como un abrazo sin terminar
quedan los remos en alta mar.
En alta mar. En alta mar.

POETA DE SU HORA

Yo cantaba la lluvia y los membrillos,
yo cantaba las flores de la tierra;
mi corazón fue niño por la sierra
coleccionando ramos amarillos.

Pero escuché la voz de los sencillos
campesinos y obreros de mi tierra
y vi sobre el amor venir la guerra
con su turbión doliente de cuchillos.

¡Ay, todo era combate, sangre y muro!
¿Cómo pudo esta sorda mano mía
cultivar su clavel entre las balas?

¡Cambiar quiero mi plata en plomo duro!
¡Quiero poner mi armada poesía
al lado de los picos y las palas!

ISLA CAUTIVA

PUERTO RICO

Atada al mar Andrómeda lloraba.

LOPE DE VEGA

Con el costado abierto,
perseguida por hélices y quillas,
yo te vi desde el puerto.
Sangrante y de rodillas
llorabas frente al mar de las Antillas.

Yo vi en la mar salada
confundidas la espuma y tus cadenas,
yo te vi encadenada
y por manos ajenas
cautiva tu bandera en las arenas.

De agudos alfileres
yo te vi herida: ¡carne ya tus muros
de yanquis mercaderes
ebrios de hidrocarburos,
y asépticos agentes de seguros!

Qué agravio y amargura
mirar tu territorio prisionero,
violada tu hermosura,

barrido tu granero,
atado a tu cintura un cañonero.

Porque a tu amor me debo,
yo quiero con tus hijos borincanos
colonizar de nuevo
de abejas y vilanos
tus aires marineros y hortelanos.

Cómo seguir viviendo
ciego a la brida injusta que adentellas,
y dejarte gimiendo
desnuda entre centellas,
fatigada de barras y de estrellas.

Con amistosas manos
yo quiero tu dolor alzar en peso,
robarte a los milanos
y en tu cuerpo ya ileso
verter altas espigas de progreso.

Contigo, borincana,
jíbara encadenada al mar oscuro,
yo veré la mañana:
¡Que ya sobre tu muro
canta el amanecer, canta el futuro!

SEVENTH HEAVEN

Cine de ayer... Pluvial y temblorosa
pantalla con el margen enlutado
que a las sencillas gentes del pasado
ponías a llorar con cualquier cosa.

Cuántas veces, pantalla silenciosa,
mojaste en llanto mi maní tostado
mientras un disco Brunswick muy rayado
tocaba *El Caballero de la Rosa*...

Porque, entonces, a grandes y pequeños
de imágenes poblabas y de sueños
y a todos nos lograbas conmover.

Y sin embargo... Sin embargo ahora
—incluso entre la gente que te añora—
da ganas de reír volverte a ver...

ELEGÍA AL BARRIO EL CENIZO

¡Callejón de El Cenizo!
Callejón que a los ojos de mi infancia
revelaste el hechizo
que alojan, sin jactancia,
las cosas que no tienen importancia.

Se aproxima tu ocaso,
y yo asisto a tu adiós con el esplín
con que tú, paso a paso,
seguiste hasta su fin
la juventud de Aurora Dubaín.

Mas sabes que, como ella,
los que una vez te vieron no te olvidan.
Tu recuerdo y su huella
más bien se consolidan
mientras los años más los intimidan.

Con tu ciega de tango,
tus perros, tu detal de pan isleño
y tus niños sin rango,
triumfaste en el empeño
de hacer de mí un cantor de lo pequeño.

De tu quietud avaro,

jamás cruzó tus noches sino el viento,
y con ellas, al claro
de una luna de cuento,
¡me volviste un romántico irredento!

Y he aquí que de pronto
la mano del progreso te hace trizas
y caes como un tonto
viendo, en tanto agonizas,
que de Cenizo pasas a cenizas.

Y sobre cuanto fueras
alzará un puente su potente giba
con sus líneas severas
y con su comitiva
de zoquetes que escupen desde arriba...

¡Tú debajo de un puente!
¡Tú ejerciendo funciones de quebrada
y en barranco indecente
tu calle transformada!
¡Cenizo, ya lo ves, no somos nada!

VERANO BRAVO

Llega a los pobres campos el verano.
Bajo un cielo de cinc, humo y chamizas;
y en la explosión triunfal de las cocuizas,
el implacable sol venezolano.

Todo está inmóvil, todo en meridiano;
por la tierra sin fin, bestias plumizas
el belfo en polvo ahogan y en cenizas
y al impasible azul braman en vano.

Pasa el estruendo de un camión, y queda
como flotante entre la polvareda
un que otro enclenque rancho campesino,
donde, tensa en la cruz del desperezo,
pareciera la gente en un bostezo
tragarse, de un tirón, todo el camino.

EN CAGUA

A Amílcar Siarchevich

La calle duerme en paz. Entre jirones
de nubes al pastel flota la luna,
y el paisaje sin fin es como una
descolorida tapa de bombones.

Por entre viejas tapias y portones
pasa el viento cantor de la laguna
y pasa, maldiciendo su fortuna,
un borracho que arrastra los tacones.

Y en esta inmensa soledad nocturna,
mientras de nubes tristes se embadurna
la cara serenísima del cielo,

¡toda mi inspiración se deshilacha
cuando explota, tocando una guaracha,
la motorola de Benito Melo!

CASA CON TRES VENTANAS

Tiene la casa grande tres ventanas:
dos a la Calle Real y una al camino;
las tres, no obstante su color mohíno,
conservan su altivez de veteranas.

Ante sus rejas todas las mañanas
me detengo un momento, me imagino,
que adentro, de fastidio pueblerino,
se mueren tres románticas hermanas.

¡Quién las viera!, me digo, y como advierto
que un postigo ha quedado medio abierto,
me subo al ventanal, sudando arrobos...

Y al llegar meto el ojo ansiosamente:
ni muebles hay allí, ni se ve gente.
La sala es un depósito de escobas.

GALERÓN CON UNA NEGRA

Desde Guacara al Cajón,
de Cazorla a Palo Santo,
no hay negra que baile tanto
como mi negra Asunción.

Cuando empieza el galerón
y entra mi negra en pelea,
todo el mundo la rodea
como hormiguero a huesito.
¡Porque hay que ver lo bonito
que esa negra joropea!

Que esa negra joropea
bien lo sabe el que la saca
que la compara a su hamaca
cuando hay calor, y ventea.
¡Así es que se escobillea!
—le dice algún mocetón.
Y en su honor hace Asunción
una figura tan buena,
que como flor de cayena
se le esponja el camisón.

Se le esponja el camisón,
y el mozo que la ha floreado

salta: —¡Permiso, cuñado,
 que es conmigo la cuestión!
 Luego se ajusta el calzón,
 la engarza por la cintura
 y con tanta donosura
 se le mueve y la maneja
 que la negra lo festeja
 con una nueva figura.

Con una nueva figura
 en que ella se le encabrita
 como gallina chiquita
 cuando el gallo la procura.
 —¡Venga a verla, don Ventura!
 —grita alguno hacia el corral—,
 y desde allí el caporal
 dice con cara risueña:
 —Baila bien esa trigueña;
 yo la he visto en Guayabal.

Yo la he visto en Guayabal
 y también en San Fernando.
 Yo vengo el Llano cruzando
 de paso para El Yagual,
 y aunque decirlo esté mal
 por parecer pretensión,
 desde Guacara al Cajón,
 de Cazorla a Palo Santo,
 ¡no hay negra que baile tanto
 como mi negra Asunción!

EN VIAJE

Sumido en las dulzuras del paisaje
y harto ya de leer, voy como un tonto
canturreando en el tren, cuando, de pronto,
por accidente se interrumpe el viaje.

Como la mayoría del pasaje,
a investigar la situación me apronto;
mas me seduce, apenas me desmonto,
la paz, tan honda, del rural paraje.

Y mientras, muy bucólico, medito
en las cosas que haría si en tan sola
región me regalaran un ranchito.

Oigo que en un vagón dice un pistola:
—¿Verdad que este lugar es bien bonito?
¡Que lastima que no haya motorola!

PROFESIÓN DE BANQUERO

Extraña profesión la del banquero:
dibujar lagartijas en billetes,
comerse puntualmente su tabaco
y pinchar con su pluma entomológica
los números servidos a su mesa.

Instalado en su silla vaticana,
pellizca aquí y allá menudas cifras
o bien al escuchar la trompetilla
que le tira un audífono privado,
asume una actitud de esbelto brindis
y se bebe el teléfono de un trago.

Extraña profesión la del banquero:
ponerse bicicletas en los ojos,
limpiarlas cuando llega otro banquero
con su gentil pañuelo junto al cual
lleva también un corazón Luis XV,
o ponerse a decir cosas aseadísimas
con ademanes propios de conejo
ante una dactilógrafa de vidrio
que se sienta ante él como una etcétera.

A las once el banquero toca el timbre,
pues es la hora de tener jaqueca

y de la caja fuerte saca una
píldora de importancia y se la toma.

Qué extraña profesión la del banquero:
pinchar con su estilográfica las cifras
como exquisitas presas de ensalada
y en casi maternales cucharadas,
dárselas de comer a la chequera.

GLOSA PARA VOLVER A LA ESCUELA

Comienza el año escolar,
y septiembre en Venezuela
vuelve a ser como una escuela
que se abre de par en par.

Oh escuela de mi niñez
donde en las tardes llovía,
¡quién pudiera, en un tranvía
ir a tu encuentro otra vez!

Cerca ya de la vejez,
no te he podido olvidar,
pues en mi afecto un lugar,
donde aún me cantas, existe,
y en el que siempre más triste
comienza el año escolar.

Con tu pueril mirador
y tu violenta lechada,
yo te creía pintada
con lápices de color,
Y en tu jardín interior,
que era un jardín de novela,
llegué a pensarte gemela
del viejo Tontoronjil...
¡Y es que en mi infancia era abril
y septiembre en Venezuela!

¿Dónde está tu director
con sus miradas siniestras?
¿Dónde tus lindas maestras
que nos mataban de amor?
A veces un tierno olor
a tela nueva, a canela,
de tu ambiente me revela
la vieja aroma dormida,
¡y entonces toda la vida
vuelve a ser como una escuela!

Y hoy, al volver la excursión
de niños a la mañana,
yo he vuelto a oír tu campana
cantando en mi corazón.
Deja, pues, que en tu salón
tome el último lugar
y permíteme soñar
que vuelvo a la edad sencilla
en que el mundo es un Mantilla
que se abre de par en par.

ADIÓS A LA PLAZA DE CAPUCHINOS

¡De modo que te tumban, Plaza de Capuchinos!
Si el progreso lo pide, ¡qué le vamos a hacer!
Pero aún quedan algunos caraqueños genuinos
a quienes tu derrumbe les tiene que doler.

¿Te acuerdas de los tiempos en que tenías rejas
y una oxidada fuente donde jugaba el sol
y un viento siempre en marzo, sonoro de hojas viejas,
digno de que lo oyera Santiago Rusiñol?

Por un lado tenías a la escuela Zamora
de la que yo era alumno cuando te conocí.
Yo amaba a mi maestra, pero se hizo señora
y entonces dulcemente me enamoré de ti.

Y ya fue para siempre: criado en cerro y en pieza,
me diste el aire limpio con que siempre soñé.
Después pasé a otra escuela, la del viejito Meza,
y de ella muchas veces, por ti, me jubilé.

Fue el tiempo en que el famoso bandolero Agapito
y la infantil pandilla de que era capitán
andaban por los cerros, de ranchito en ranchito,
haciendo cosas vistas en el Cine San Juan.

(Discípulo de «El Zorro», todo un lince del hampa,
una vez lo cercaron con un truco pueril,
y a ti te consta, oh plaza, que el que cayó en la trampa
fue el señor Juan Rodríguez, que era el jefe civil).

¿Recuerdas tus domingos, un poco pueblerinos,
en que tú compartías el júbilo trivial
de los niños gritándoles ¡mi medio! a los padrinos
que luego, en centavitos, nos tiraban un real?

Y amabas a los niños con amor de abuelita,
incluso a los Subero, que jugaban *foot-ball*
y que una vez, chutando con una perolita,
te rompieron los vidrios del último farol.

¿Te acuerdas de las tardes en que Emilio Lovera
venía a visitarte buscando inspiración
y el barbero de enfrente chasqueaba la tijera
viéndole la melena con maligna intención?

Añosa, siempre ungida de una vaga tristeza,
eras como un poema de Verlaine; más aún:
eras como el refugio final de la belleza
en un mundo que usaba pantalones *balún*.

Pero un día del 30 te embistió la piqueta
«municipal y espesa» y el criterio de un tal
te aderezó con lajas, pérgolas de opereta
y un palomar más cursi que un cronista social.

Y de ñapa en el centro te colocó un muñeco
que un tal Chicharro Gamo modeló con los pies
y al que por darle un nombre, para llenar el hueco,
le pusieron el nombre del pobre don Andrés.

Y con los años fuiste poniéndote más fea
y más ruin, sin que nadie se apiadara de ti...
Hoy supe que te iban a tumbar: que así sea.
¡Hace bastantes años que debió ser así!

PUEBLO Y MÁS PUEBLO

Salvo algún chisme —siempre una bobada—
que muy de tarde en tarde lo recorre
y en su fastidio apenas lo socorre,
en este pueblo nunca pasa nada.

Siempre parece ser de madrugada,
y se diría que ni el tiempo corre
si no se oyera en la distante torre
de vez en cuando alguna campanada.

Pero, mientras escribo, por la acera
pasa un tropel de gente a la carrera
en dirección del cruce de caminos.

Y cuando salgo a ver: —Pero, ¿qué pasa?
Ya responde una vieja en la otra casa:
—¡Que se volteó el camión de los cochinos!

NADA

«El que escribe para comer,
ni come ni escribe».

Leo toda la prensa. Todavía
no he dado con el tema. Ni siquiera
una perlita en el filón de afuera,
ni una vulgar cuestión de policía.

Y sin pensarlo —tonta tontería—
me dedico a formar una ringlera
de letras sin sentido, a la manera
de una lección de mecanografía...

Porque el día, señores, que ha pasado
ha sido melancólico y pesado
como un día de lluvia en el destierro.

Y yo he estado vacío y aburrido
con ese aburrimiento indefinido
del hombre que regresa de un entierro.

MATRIMONIO DE POBRE

Hoy se ha casado Petra mi vecina;
su casa abierta está de par en par,
toda flores, champaña y gelatina
y poético aroma de azahar.

Como en una taquilla de oficina
en la que algo le fueran a obsequiar,
una barra sarcástica y cretina
se ha aglomerado afuera a comentar.

«¡Vivan los novios!», brindan en la sala.
Luego, en un carro con chofer de gala,
se introducen los dos como en un nicho.

Y mientras el vehículo se aleja,
estalla un grito popular, de vieja:
—¡Para Macuto, y a parir se ha dicho!

LAS DESVENTURAS DE FAUSTO,
EL CASTIGO DEL DOCTOR
O HISTORIA DE UN VIEJO EXHAUSTO
QUE SE ATRAGANTA DE AMOR

*Una historia en que se expresa
lo que sucede a la hora
en que un viejo se enamora
y el Diablo se le atraviesa.*

*Al levantarse el telón,
los principales actores
salen en paños menores
y hacen su presentación.*

FAUSTO: Yo soy el viejito Fausto,
doctor que en esta opereta
del amor en holocausto
pone la torta completa.

MARGARITA: Y yo el bombón exquisito
pero con alma de roca
que con su orgullo provoca
la perdición del viejito.

LA PERRITA: Yo solo soy la perrita,
y hago el papel de perrita.

EL DIABLO: Y yo, en fin, soy el patrono
de la siniestra botica
donde el viejo se intoxica
con las glándulas del mono.

ACTO I

*Suena al fondo una campana
y Fausto, que está en escena,
deja su atol de maicena
por correr a la ventana.*

FAUSTO: Ya dan las seis en la ermita.
Es la hora en que mi amada
sale, de blanco trajeada,
a pasear con su perrita.

(con harta fe en sí mismo)

¡Ya se acercan, vive Dios!,
y aunque el fracaso me aguarde,
lo que es esta misma tarde
me les declaro a las dos.

*Se encasqueta el peluquín,
se fricciona los tendones
y entonces entre algodones
lo trasladan al jardín.*

FAUSTO: ¿A dónde corren
oh, Margarita,
tú y tu perrita
con prisa tal?

MARGARITA: Voy al despacho
de policía
en compañía
de este animal,
porque sucede
que su marido
fue sorprendido
sin el bozal,
y detenido
como un cualquiera
por la Perrera
Municipal.

FAUSTO: Margarita, flor de luna,
(*inspirado*) pétalo fino de rosa,
voy a decirte una cosa
que no le he dicho a ninguna.

(*sacando el gallo*)

¡Si te casas conmigo, oh Margarita
yo le daré un hogar a tu perrita.
Tal vez mi posición no es muy eximia,
pero yo me defiendo con la alquimia:
pues convirtiendo en oro el antimonio
bien puede sostenerse un matrimonio.

Y respecto a mi edad, algo caduca,
eso lo disimula la peluca.

(La perrita se ríe a carcajadas)

MARGARITA: Déjate de eso, viejito,
y anda a verte en un espejo!
¿No ves que tú eres más viejo
que la cerveza perrito?

*Y a modo de corolario
de tan ofensivas coplas,
le canta «Tú ya no soplas»
y le regala un rosario.*

FAUSTO: Si tu amor me es imposible,
dímelo en forma expedita,
¡pero, por Dios, Margarita,
no me toques la sensible!

(al público)

Porque soy viejo me habla en ese tono.
¡Quién tuviera las glándulas del mono!

*Aquí llega Mefistófeles,
y a Fausto, que está deshecho,
se le para sobre el pecho
como si fuera un anófeles.*

MEFISTÓFELES: ¿Necesita tu físico otoñal
una reforma constitucional?
¡Yo te daré la eterna juventud
Con productos Max Factor Hollywood!

¡Yo desarrollaré tus pectorales
a base de Pilules Orientales!
¡Yo te pondré robusto y sonrosado
«como aquel tipo que vendió al contado»!

FAUSTO: ¿Eres el Diablo de veras?

MEFISTÓFELES: Probarlo puede mi brazo,
borrándote de un guamazo
todos los años que quieras.

FAUSTO: Y para hacerlo, ¿qué esperas?
¡Plancha mi cara arrugada!
¡Devuélvele a mi fachada
su robustez de mamey!
¡Ponme como Dorian Grey
después de la puñalada!

MEFISTÓFELES: Ante todo hay que arreglar
el precio de la cuestión:
para que *haiga* operación
me debes tu alma entregar.

FAUSTO: Eso es caro, Satanás...

MEFISTÓFELES: ¿Caro, un trabajo tan noble?
Un médico cobra el doble
por la consulta nomás...
Yo que soy un diablo franco
con franqueza te lo digo:
si tú te operas conmigo,
saldrás en caballo blanco.

*Fausto lo piensa con calma
y al fin dice con voz bronca:*

¡De qué vale tener alma
cuando el bigote no ronca!

(al Diablo):

Anda, desálmame, pues,
y deja este carapacho
convertido en un muchacho
de la cabeza a los pies!

*El Diablo cuenta hasta siete,
hace una extraña figura
y en lo que espabila un cura
convierte a Fausto en cadete.*

FAUSTO: ¡Qué bien quedé, qué novato!...
(ante el espejo) ¡Con esta piel tan lisita,
ya va a saber Margarita
dónde le aprieta el zapato!

ACTO II

La escena ocurre ahora en el castillo del duque y de la daca del Tomillo que con una gran fiesta de etiqueta conmemoran sus bodas de coleta.

(La Marquesa, que es ahijada de los cultos anfitriones, está a la puerta parada para interceptar la entrada de borrachos y gorriones).

MAESTRO DE CEREMONIAS: ¡El marqués de Raboalzado!

MARQUESA: Pero, ¿qué milagro es este?
¿Cómo estás, perro con peste?
¿Cómo te fue en El Dorado?

MARQUÉS: A vuestros pies, marquesita.

MARQUESA: Bueno, pues, pasa adelante
(*muy adulante*) y quítate la levita.

Margarita hace su entrada, y con un que otro reproche todos notan que esta noche no carga perra ni nada.

MARQUESA: ¡Ay, pero si es Margarita!
 ¡Pareces una amapola...!
 Qué raro que vengas sola...
 ¿Te comiste la perrita?

MARGARITA: Un nuevo amor tengo ahora,
 (lirica) un mancebo, casi un niño,
 que al robarle mi cariño
 mató la perra, señora.

*Mientras habla la muchacha,
Mefistófeles actúa
y a la orquesta le insinúa
que toque Cabeza de Hacha.*

MARGARITA: ¡Qué música!... ¡Qué gorjeo!
 (embelesada) ¡Qué ritmo tan apropiado
 para en brazos de mi amado
 dedicarme al rucaneo!

FAUSTO: ¡Mi Margarita adorada!
 *(entrando al
escenario)*

ELLA: ¡Vos, mi propietario!...
 Llegásteis como pedrada
 en ojo de boticario!

FAUSTO: Aunque bailar esta lata
 es para mí un logaritmo,
 si quieres pegarle al ritmo
 cuélgate de esta alcayata.

MARGARITA: Tu Margarita, de baile
(*sonrojada*) no tiene grandes nociones...

FAUSTO: Yo aguantaré tus pisonos
con la paciencia de un fraile.

*Pero cesan de bailar,
pues al jardín florecido
se van los dos a buscar
una cosa singular
que no se les ha perdido.*

MARGARITA: Qué bello es esto en la noche...
(*poética*)

FAUSTO: Muy bonito, muy bonito;
(*despectivo*) pero aquí hay un olorcito
como a caballo de coche.

MARGARITA: Nada os gusta, todo os topa;
(*very hurted*) ¡cualquier cosa os da lo mismo!...

FAUSTO: Es que a mí el romanticismo
se me quedó en la otra ropa.

(*disimulando*):

Pero aquí, bajo esta luna
que nos alumbra rabiosa,
voy a decirte una cosa
que no le he dicho a ninguna.

(y se la dice): Qué caro está el pescado, ¿verdad?

*Salta el Diablo de un guayabo
y a Fausto, que lo divisa,
le hace señas con el rabo
de corre que tengo prisa.*

FAUSTO ¿A qué vienes, bicho innoble,
donde nadie te ha llamado?
¿No ves que a punto has estado
de estropearme el pasodoble?

MEFISTÓFELES: Un momentico, mi socio,
no se agite y tenga calma:
vengo a devolverle el alma
y a deshacer el negocio.

FAUSTO No entiendo. ¿Por qué razón?

MEFISTÓFELES: El modelo no es moderno:
lo he probado en el infierno
y gasta mucho carbón.

MARGARITA ¿Con quién habláis tan bajito?

FAUSTO: A... a... aquí con el mesonero
(*disimulando*) que pregunta si lo quiero
de jamón o de diablito...

(*al diablo*) ¡Por Dios, no lo hagas ahorita!
¡Retarda mi bancarrota!

¡Yo no quiero dar la nota
delante de Margarita!...

MEFISTÓFELES: Jé, jé, jé, jé, jé, jé,
jé, jé, jé, jé, jé,
jé, jé, jé, jé,
jé, jé, jé,
jé, jé,
jí,

FAUSTO: Por favor, sé más prudente,
y espera al menos el día.
¿Tú no ves que todavía
tengo un asunto pendiente?

MARGARITA: ¿Quién os habla?...
(*inocente*)

FAUSTO: Aquí, el Ministro
(*como puede*) de guerra y de... suministro...
diciéndome que allá afuera
se ha perdido una nevera
y están pidiendo registro.

(*al diablo*) Dame dos horas, dame una,
date un paseo... Reposa
mientras le digo esa cosa
que no le he dicho a ninguna...

*Fausto, con gran rapidez
corre a abrazar a su amante
y en ese preciso instante
se pone viejo otra vez.*

MARGARITA: ¡Vive Dios!, ¿qué ha sucedido?
¿Por qué habláis con voz tan rara?
¿Por qué se os pone la cara
cual de cartón comprimido?

(*tuteándolo
desesperadamente*) ¡Ah!... ¡No te arrugues, querido!
Te lo pido por mi bien,
pues al paso que un lairén
se vuelve tu faz de niño,
yo siento que mi cariño
se va arrugando también!

FAUSTO: Es el cariño
(*llorando y
mascándose
las lágrimas*) tan traicionero
como el sombrero
de Panamá;
la gente dice
que aunque se moje
nunca se encoge,
¡pero qué va!

EL DIABLO: ¡Perdóname, Margarita!
(*cayendo de
rodillas*)

MARGARITA: ¡Vete al diablo, condenado;
 por tu culpa me he quedado
 sin doctor y sin perrita!

*Va a soltarle otro vocablo,
mas cambia de parecer
y se fuga con el Diablo:
¡qué inconstante es la mujer!*

BAR LA ESTRELLA

El viejo bar con sus tres mesas. Varios
bebedores que juegan al cachito,
y en el rincón el saco
de aserrín colorado para el piso.

Nada sucede. Nada. En la electrola
por virtud de un anónimo cuartillo
vuelve a rodar el tango. El pobre tango
se muere de fastidio.

Aburrimiento de la hora en los
dulces momificados bajo el vidrio
de la turbia vidriera
con su V de adhesivo.

Golpe de cubilete. Escudriñándose
las muelas con los restos de un palillo,
sorprende al soñoliento dependiente
la voz: ¡Danos lo mismo!

Mientras del mingitorio
procaz y oscuro, llega un indistinto
y agrio olor de cerveza, de tabaco
y aserrín colorado para el piso.

EL INFIERNO RODANTE

Un crujiente montón
de abollado latón
que vomita, al pasar, sobre el viandante
un humo turbio, fétido, asfixiante.

Unos asientos hechos
al máximo de estrechos
provistos de una especie de bojotes
sucios, rotos, más duros que Monote
y en los que viaja usted casi en cuclillas
sin saber cómo hacer con las rodillas.
Y esto si no le toca ir parado,
besándole el cogote al que va al lado.

Un timbre que no suena
porque tiene la cuerda reventada,
y un chofer que no atiende o se envenena
si se le pide a voces la parada.

Unas descalabradas ventanillas
con el vidrio atascado o vuelto astillas;
una lámina entera despegada
que causa, en un frenazo, una cortada;
un piso con los hierros levantados
hundiéndose en los pies de los parados,

y unas costras oscuras en el piso
que parecen casabe untado en guiso.

Una puerta de atrás que no funciona
cuando se va a bajar una persona,
o que funciona tan violentamente
que, de darle donde es, mata a una gente.

Y, sobre todo esto, una hedentina
tan fuerte y tan tenaz a gasolina,
que, sin echarse un palo, hasta el más macho,
si hace el viaje hasta el fin, llega borracho.

Este infernal suplicio,
digno de Adolfo Hitler y su corte
se llama aquí «Servicio
Público de Transporte».

SERENATA A ROSALÍA

Levántate, Rosalía,
a ver la luna de plata
que el arroyuelo retrata
y el lago fotografía...

Levántate, vida mía;
¡anda, pues, no seas ingrata!
Levántate con la bata,
o sin ella, Rosalía.

Ay, levántate mi nena:
sé complaciente, sé buena
y ¡levántate, por Dios!

Levántate, pues, trigueña,
que esta cama es muy pequeña
y no cabemos los dos!

LO QUE ABUNDA

La señora Paquita de la Masa,
ricacha de esta era,
se compró hace algún tiempo una nevera
y la instaló en la sala de su casa
en donde se la ve todo el que pasa,
ya que desde las seis de la mañana
abre doña Paquita la ventana,
pone allí, en un cojín, una perrita
y hasta la medianoche no la quita.

Aunque tiene teléfono en su casa,
la señora Paquita de la Masa
usa el de la cercana bodeguita,
procurando pedirlo a aquellas horas
en que haya en la bodega otras señoras
que no tienen nevera ni perrita.

Y por si ustedes quieren escucharla,
les transmito un fragmento de su charla:
—«¿Hablo con el Bazar Americano?
Es la señora del doctor Fulano...
Mire, que yo quisiera
mandara a arreglarme la nevera...
Sí, la que le compramos de contado;
pues le metimos un jamón planchado

y al ir hoy a cortar un pedacito,
la sirvienta de adentro pegó un grito
porque el jamón estaba conectado».

«Además, casi todas las mañanas,
al meterle la torta de manzanas
el motor hace un ruido
que despierta al chofer de mi marido...».

«Bueno, pues, yo confío
en que hoy mismo vendrán a repararla.
Mire que vamos a necesitarla
para la graduación de un primo mío.
Usted sabe: mi primo Pantaleón
que llegó de Chicago por avión».

Cuelga el auricular, y la mirada
le tuerce a alguna pobre cocinera,
como diciéndole: —¡Desventurada,
qué le vas a tirar a mi nevera!

Y es lo peor que si usted, que no es discreto
le suelta un «bollo» que la larga fría,
todo el mundo lo acusa de irrespeto
y le acuñan un mes de policía.

¡Lo que le prueba una vez más al mundo
que no hay justicia en este mundo inmundo!

¡OH AMOR!

Julieta, muchachita muy coqueta,
tiene dos caballeros de conquista:
el uno extravertido y deportista
y el otro soñador y mal poeta.

Mientras este le escribe una cuarteta,
aquel, seguramente más realista,
la invita por teléfono a que asista
con él a alguna fiesta de etiqueta.

Y los domingos, mientras nuestro bardo
con rimas pule el cupidesco dardo
y transfiere al papel su llanto mudo,

ella, la florecilla que él describe,
se pasa todo el día en El Caribe
llevando sol con su Tarzán peludo.

LA ÓPERA

Yo no sé si será porque no entiendo
de cuestiones artísticas ni papa;
pero a mí con la ópera me ocurre
una cosa muy rara...

Como quiero abreviaros el fastidio
y aquí una explicación sería larga,
a un ejemplo objetivo me remito
para que comprendáis lo que me pasa.

Se levanta el telón, y una señora
envuelta en una verde sobrecama
aparece en escena dando gritos
con toda su garganta.

De pronto se le acerca un caballero
—casi siempre de bragas—
y después que se abrazan y se besan
arman una trifulca a la italiana
y discuten cantando cada uno
lo que le da su gana.

Y como se supone que es de noche
el vecindario entero se levanta
y una tras otra van entrando a escena
veinte viejas en bata.

Pero en vez de pedir que no hagan bulla
o al menos indagar qué es lo que pasa,
forman una segunda gritería
hasta que cuatro o cinco se desmayan...

Yo no sé si será porque soy bruto,
pero ver una ópera dramática
me causa algunas veces tanta risa
que tienen que sacarme de la sala.

MARILYN EN LA MORGUE

En el año ya lejanísimo
mil novecientos treinta y dos,
cuando en las últimas pianolas
rodaba aún el charlestón
y en las pantallas fulguraba
la mirada de Clara Bow,
y mi hermana tenía un novio
que había estado en Nueva York
y yo tenía doce años
y era un muchacho soñador
y me bastaba verlo a él
con su flamante traje *sport*
—saco de rayas, gorra a cuadros,
pantalón a lo Harold Lloyd—,
y oír narrar sus aventuras
de fogonero en un vapor
y lavaplatos en Manhattan
y bailarín de un *Music Hall*:
en esa época que digo
—¡era en el año treinta y dos!—,
ah, me bastaba solo eso
—¡yo era ya el tonto que aún soy!—
para subirme a mis ensueños
como quien sube a un ascensor.

Desde entonces ando en el mundo
como anduviera *Dreamy-Boy*,
viviendo en sueños la aventura
que la vida nunca me dio.
Visto harapos de vagabundo,
mi equipaje es mi corazón,
viajo en los trenes de la noche,
no tengo un diez para un *hot-dog*,
pero mastico mi esperanza
como quien masca un *chewing-gum*
y si me mata la tristeza
echo una estrella en el *juke-box*.

Nadie me espera, como nadie
cuando salí me dijo adiós.
De dónde vengo no me importa
como tampoco adonde voy.
Cierto que soy un muerto-de-hambre,
un vagabundo, un polizón,
con el sombrero agujereado
y los zapatos sin cordón,
pero quién niega que soy libre,
que soy tan libre como Ford
y que a mis pies tengo la tierra
como un magnifico balón
para jugar al *football-rugby*
y así olvidarme de qué soy:
de que soy un hombre sin casa,
un pobre paria, un *Dreamy-Boy*,
un John Smith desamparado
de quien se ha olvidado el amor,
un prisionero de ciudades

que a sí mismo se encadenó
y que se arrastra por los trenes
¡de una prisión a otra prisión!

Y aquí está América a mis pies
como un magnífico balón;
puedo jugar con ella al *rugby*
o, si prefieren, al béisbol.
Un Rockefeller es el *pitcher*
y un Rockefeller es el *coach*.
Pero juguemos a otra cosa,
porque yo soy mal jugador,
y lo que quiero con América
es encontrarle el corazón.

Por hallárselo ando rodando
de la Florida a Nueva York.
En Alcatraz viví cien años,
tuve una novia en Oregón,
en Carolina fui John Brown
y en Alabama fui Jim Crow;
en Chicago fui caletero
y en Amalfi morí de amor;
fui bailarín en Nueva Orleans
allá en el año treinta y dos,
y ahora en un tren de madera
voy de Pittsburgh a Nueva York,
con la esperanza ya perdida
de descubrir en cuál rincón
dejó la América de Lincoln
olvidado su corazón.

¿Qué contaré cuando regrese
a aquel mundo del treinta y dos
cuando bastaba que mi amigo
me saludara: —*Hello boy!*—,
para que yo, muchacho tonto
hiciera igual que *Dreamy-Boy*
y me subiera a mis ensueños
como quien sube a un ascensor,
para llegar a un mundo mágico
en donde estaba Nueva York?

Ah, Marilyn, tu cruel América,
tu desdichada gran nación
te ha destrozado entre sus manos
como un paquete de *pop-corn*.
Y allí estás, pálida manzana,
bajo tu luna de neón.

BUEN DÍA, TORTUGUITA

Buen día, tortuguita,
periquito del agua
que al balcón diminuto de tu concha
estás siempre asomada
con la triste expresión de una viejita
que está mascando el agua
y que tomando el sol se queda medio
dormida en la ventana.

Buen día, tortuguita,
abuelita del agua
que para ver el día
el pescuecito alargas
mostrando unas arrugas
con que das la impresión de que llevaras
enrollada una toalla en el pescuezo
o una vieja andaluza muy gastada.

Buen día, tortuguita,
payasito del agua
que te ves más ridícula y más torpe
con tus medias rodadas
y el enorme paltó de hombros caídos
que llevas sobre ti como una carga
y que con él caminas dando tumbos,
moviendo ahora un pie y otro mañana
como una borrachita,

como una derrotada,
como un payaso viejo
que mira con fastidio hacia las gradas.

Buen día, tortuguita,
borrachito del agua...
¿De dónde vienes, di, con esos ojos
que se te cierran solos, y esa cara
de que en toda la noche no has dormido,
y esa vieja casaca
que se ve que no es tuya,
pues casi te la pisas cuando andas?

Buen día, tortuguita,
filósofo del agua
que te pasas la vida hablando sola,
porque si no hablas sola, ¿a quién le hablas?
¿Quién, a no ser un tonto, atendería
a tus tontas palabras?
¿Ni quién te toma en serio a ti con esa
carita de persona acatarrada
y esa expresión de viejecita chocha
que a tomar sale el sol cada mañana
y que se queda horas y horas medio
dormida en la ventana?

Buen día, tortuguita,
periquito del agua.
abuelita del agua,
payasito del agua,
borrachito del agua,
filósofo del agua...

BUEN TIEMPO

Se aproxima diciembre. En Venezuela
no hay tiempos más serenos ni más finos
que estos diáfanos días decembrinos
con sus simples colores de acuarela.

Tiempos que a hogaza huelen y a mistela
y bajo cuyos cielos cristalinos
pareciera que todos los caminos
de vuelta nos llevaran a la escuela.

Se viste el aire entonces de frescura
y un halo de niñez sencilla y pura
baña de tierna luz campos y aldeas.

Y uno piensa entre abúlico y contrito:
¡lástima que en un mundo tan bonito
pasen cosas tan tristes y tan feas!

ELEGÍA A LA DULCERA DE SOCIEDAD

¿Qué se habrá hecho la dulcera
de la esquina de Sociedad
con su gorra de cocinera
y su esponjado delantal
y su azafate que por fuera
tenía tanto de vitral
y que por dentro el gozo era
de nuestra hambrienta capital,
con sus tortas tipo burrera
y sus tajadas de manjar
y sus esféricos coquitos
que parecían de cristal?

¿Qué se habrá hecho la dulcera
de la esquina de Sociedad
que se pasó la vida entera
junto al lugar donde estuviera
en otro tiempo el City Bank?
Brava, locuaz, dicharachera,
rica de pintoricidad,
fue, sin que nunca lo supiera,
un tipo de esos que le dan
a la ciudad su verdadera
categoría de ciudad:

¡rolliza estampa callejera
de Dulcinea popular,
como mejor nunca se viera
ni en la pintura de Lovera
ni en los sainetes de Guinán!

¿Qué se habrá hecho la dulcera
de la esquina de Sociedad,
la que dejó tan hondas huellas
en nuestro criollo paladar
con las grandes tortas aquellas
de majestad episcopal
tan parecidas a su dueña,
y que de haber podido hablar
hablado hubieran, como ella,
un rudo inglés de Trinidad?

Aunque de más de una manera
—excepción hecha de su hablar—
más caraqueña y criolla era
que las criollísimas chiveras
de la parroquia de San Juan,
de vez en cuando a las seseras
se le subía Trinidad,
y de sus fibras patrioterías
daba muestras más severas
no vendiéndoles sino a
los estirados y corteses
americanos medio ingleses
del Royal Bank of Canadá.
(Y una tarde, tarde cualquiera,
y procedente de la acera

de la antigua universidad,
se presentó una periquera
de San Francisco a Sociedad.
Y amenazada la dulcera
de ser tumbada en la carrera
que la arrollaba sin piedad,
no se movió de allí siquiera,
sino se irguió grave y severa
con la más alta dignidad,
y en la británica bandera
embojotó su humanidad).

¿Qué se habrá hecho la dulcera
de la esquina de Sociedad?
Yo no lo sé, mas dondequiera
que se haya ido a refugiar,
sepa que aún queda un poeta
—tal vez el último juglar—
que dejaría su actual dieta
que es casi toda de galleta
de la más dura de mascar,
para en alguna tarde quieta
volver sus dulces a probar.

EL CALVARIO

Oh paseo del viejo Calvario,
expresión de un romántico ayer
con tu iglesia de libro primario
y tus montes que nadie va a ver.

Otro tiempo animado escenario
de picnics que ya no han de volver,
vino un vulgo ramplón y gregario
y te echó para siempre a perder.

En la pobre Caracas de ahora
que sus viejos encantos ignora
casi nadie se acuerda de ti,

salvo algún trasnochado estudiante
o uno que otro furtivo viandante
al que salvas de hacerse pipí.

BOLÍVAR EN UN LIBRO DE LECTURA

Cuando en su esbelta alfajía
surge la aurora mojada
para tender su mirada
sobre los campos del día,
y en la temprana herrería
despierta el yunque cantor,
porque habla en lengua de amor
y por claro y por fecundo,
se llama entonces el mundo
Bolívar Libertador.

Cuando obediente al anzuelo
derrama el mar en la orilla
sobre la arena amarilla
sus pescaditos de *yelo*,
porque no es otro su anhelo
que dar de sí lo mejor,
un nombre tiene de honor
y un apellido ese mar:
lo llama el aire al pasar
Bolívar Libertador.

Cuando al rescoldo tranquilo
de su cesto de costuras,
mi madre borda blancuras

con sus estambres en vilo,
y palomillas de hilo
vuelan a su alrededor,
ese universo de amor
a que entonces pertenece,
se llama, pues lo merece,
Bolívar Libertador.

Cuando el aguacero frío
sus rotas cántaras vierte
y en toronjiles convierte
las candelas del estío;
cuando la tierra es plantío
con altas yerbas de olor,
ese tiempo labrador
que abril cantando inaugura,
se llama por su hermosura
Bolívar Libertador.

Mi patria y sus caseríos,
sus petróleos torrenciales,
sus comarcas vegetales
y su tumulto de ríos,
salinas y labrantíos,
animales de labor,
llanto, júbilo y sudor
de esta tierra y de su gente,
se llaman sencillamente
Bolívar Libertador.

MUERTE DEL GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA

Era un río nocturno, y junto al río
pasaba un tren muriéndose de frío.

Era el arco de un puente, y por el puente
corría un largo tren hacia el poniente.

Condecorando el mundo de pañuelos,
fumando nubes, mensurando cielos,

¡oh! quién a la distancia,
¡quién te volviera a ver, tren de mi infancia!

MARIENBAD

Cuando evoco los tiempos tan lejanos
de aquellas palomitas en tus ojos
y tus manos de seda eran manojos
de vieneses asuntos venecianos.

Y toda tu pavana y besamanos
y traje todo malva y guantes rojos
el otoño cruzabas y despojos
de cuál jardín muriente eran tus manos.

Cuando por fin por fin aquel febrero
de la última hoja en tu sombrero
noble viola de amor vuelve a mi oído.

La hora en que galante de violetas
tus párpados besé y tus dulces tetas,
ay, de tan rojos guantes qué habrá sido.

GOOD MORNING

Turismo del color: las dulcerías.
Nota social: las hojas de recreo.
¡No os suicidéis por mí, ventanas mías!
¡Adiós, casas, adiós, voy de paseo
arbolitos que dais los buenos días
del cielo os mandaré fotografías
hasta luego, ciudad, tonto museo!

Good morning. ¿Es usted americana?
Lo digo porque he visto en su pañuelo
traducida, al inglés, esta mañana.

¡Para mi capitán, que en las esquinas
le compraré a la *miss* fotos del cielo
y un álbum *souvenir* de golondrinas!

EL LOCO JUAN CARABINA

El loco Juan Carabina
pasa las noches andando
cuando la luna ilumina
las noches de San Fernando.

Cuando la noche está oscura
callando el loco se va;
va a perderse en la llanura,
nadie sabe adonde irá.

Cuando el gallo de la una
se oye a lo lejos cantar,
al loco viendo la luna
le dan ganas de llorar.

Esperando se la pasa
que como una novia fiel
venga la luna a la playa
para conversar con él.

La gente del alto llano,
más de una noche lunar,
con la luna de la mano
han visto al loco pasar.

El loco Juan Carabina
sueña por la madrugada
que en cama de niebla fina
tiene la luna de almohada.

El loco Juan Carabina,
pasa las noches llorando
si la luna no ilumina
las noches de San Fernando.

FÁBULA DE LA RATONCITA PRESUMIDA

A Fredy Reyna

(Variante de «La Ratoncita Presuntuosa», publicada en la página 140 de *Raúl Santana con un Pueblo en el Bolsillo*).

Hace ya bastantes años,
doscientos años tal vez,
por escapar de los gatos
y de las trampas también,
unos buenos ratoncitos
se colaron en un tren
y a los campos se marcharon
para nunca más volver.

Andando, andando y andando
llegaron por fin al pie
de una montaña llamada
la Montaña Yo-No-Sé,
y entonces dijo el más grande:
—Lo que debemos hacer
es abrir aquí una cueva
y quedarnos de una vez,
porque como aquí no hay gatos,
aquí viviremos bien.

Trabaja que te trabaja,
tras de roer y roer,

agujereando las piedras
se pasaron más de un mes,
hasta que una hermosa cueva
lograron por fin hacer
con quiosco, jardín y gradas
como si fuera un chalet.

Había entre los ratones
que allí nacieron después
una ratona más linda
que la rosa y que el clavel.
Su nombre no era ratona,
como tal vez supondréis,
pues la llamaban Hortensia,
que es un nombre de mujer.

Y era tan linda, tan linda
que parecía más bien
una violeta pintada
por un niño japonés.

Parecía hecha de plata
por la color de su piel
y su colita una hebra
de lana para tejer.

Pero era muy orgullosa.
Y así ocurrió que una vez
se le acercó un ratoncito
que allí vivía también
y que alzándose en dos patas,

temblando como un papel,
le pidió a la ratoncita
que se casara con él.

—¡Qué ratón tan parejero!
—dijo ella con altivez—.
Vaya a casarse con una
que esté a su mismo nivel,
pues yo para novio aspiro,
aquí donde usted me ve,
a un personaje que sea
más importante que usted.

Y saliendo a la pradera
le habló al Sol gritando: —¡Jeeéy!,
usted que es tan importante
porque del mundo es el rey,
venga a casarse conmigo,
pues yo soy digna de ser
la esposa de un personaje
de la importancia de usted.

—Más importante es la nube
—dijo el Sol con sencillez—,
pues me tapa en el verano
y en el invierno también.
Y contestó la ratica:
—Pues qué le vamos a hacer...
Si es mejor que usted la nube,
con ella me casaré.

Mas la nube, al escucharla,
habló y le dijo a su vez:
—Más importante es el viento
que al soplar me hace correr.
—Entonces —dijo la rata—,
entonces ya sé qué hacer;
si el viento es más importante,
voy a casarme con él.

Mas la voz ronca del viento
se escuchó poco después
diciéndole a la ratona:
—Ay, Hortensia, ¿sabe usted?,
mejor que yo es la montaña
—aquella que allí se ve—
porque detiene mi paso
lo mismo que una pared.

—Si mejor es la montaña
con ella me casaré
—contestó la ratoncita—,
y a la montaña se fue.
Mas la montaña le dijo:
—¿Yo importante? ¡Je, je, je!
Mejores son los ratones,
los que viven a mis pies,
aquellos que entre mis rocas,
tras de roer y roer,
construyeron la cuevita
de donde ha salido usted.

Entonces la ratoncita
volvió a su casa otra vez,
y avergonzada y llorando
buscó al ratoncito aquel
al que un día despreciara
por ser tan chiquito él.
—¡Oh, perdóname, Alfredito
—gimió cayendo a sus pies—,
si me quieres todavía,
contigo me casaré.
Por pequeño y por humilde
un día te desprecié,
pero ahora he comprendido
—y lo he comprendido bien—
que en el mundo los pequeños
son importantes también!

ELEGÍA A AQUILES NAZOA*

Hoy es mi último día de colegio;
la escuela ha amanecido lloviznando;
la maestra me manda a cortar unas flores;
yo me pongo los guantes del jardín.

Para ir al entierro de mi niñez
vienen algunas hormigas llorando;
abro, para saber cómo se llama esta muchacha,
mi cuaderno de escritura inglesa;
las bonitas letras salen volando hacia las flores.

Entretanto, arrastrándose en el tiempo,
se gastan los zapatos de las hojas,
y en la angélica espalda de la tarde
desvanecen su fábula las nubes.

Colores de mi niñez tan delicados.
Recuerdo que en el pecho una casita
me pinté con creyones aquella tarde:
tenía una ventana por la que algunas veces se asomaba mi
[madre
y una puerta por la que yo salía paca irme a la escuela.
Lástima grande que se me haya borrado:
si la tuviera me metería a llorar dentro de ella.

* Originalmente titulado «Testamento de mi poesía».

REZO EL CREDO O CREDO DE AQUILES NAZOA

Creo en Pablo Picasso, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra; creo en Charlie Chaplin, hijo de las violetas y de los ratones, que fue crucificado, muerto y sepultado por el tiempo, pero que cada día resucita en el corazón de los hombres; creo en el amor y en el arte como vías hacia el disfrute de la vida perdurable; creo en los grillos que pueblan la noche de mágicos cristales; creo en el amolador que vive de fabricar estrellas de oro con su rueda maravillosa; creo en la cualidad aérea del ser humano, configurada en el recuerdo de Isadora Duncan abatiéndose como una purísima paloma herida bajo el cielo del Mediterráneo; creo en las monedas de chocolate que atesoro secretamente debajo de la almohada de mi niñez; creo en la fábula de Orfeo; creo en el sortilegio de la música, yo que en las horas de mi angustia vi, al conjuro de la *Pavana* de Fauré, salir liberada y radiante a la dulce Eurídice del infierno de mi alma; creo en Rainer María Rilke, héroe de la lucha del hombre por la belleza, que sacrificó su vida al acto de cortar una rosa para una mujer; creo en las flores que brotaron del cadáver adolescente de Ofelia; creo en el llanto silencioso de Aquiles frente al mar; creo en un barco esbelto y distantísimo que salió hace un siglo al encuentro de la aurora; su capitán Lord Byron, al cinto la espada de los arcángeles, y junto a sus sienas un resplandor

de estrellas; creo en el perro de Ulises, en el gato risueño de Alicia en el País de Las Maravillas, en el loro de Robinson Crusoe, en los ratoncitos que tiraron del coche de la Cenicienta, en Berafiro el caballo de Rolando, y en las abejas que labraron su colmena dentro del corazón de Martín Tinajero; creo en la amistad como el invento más bello del hombre; creo en los poderes creadores del pueblo, creo en la poesía y, en fin, creo en mí mismo, puesto que sé que hay alguien que me ama.

MI MADRE EN UN PUEBLITO DE RECUERDOS

Mi madre vive en un pueblito de recuerdos;
yo algunos domingos me subo en el elefante del Libro
Mantilla para ir a visitarla.

Allí vive mi madre entre las cuentas de colores que
con los años se le han ido cayendo como hermosas gotas
de sangre de su corazón.

Allí está ella pensativa, allí está ella muy joven y ele-
gantemente triste, a tono su tristeza con la melancolía de
la hora en que atardece en su pueblito de recuerdos.

Yo, que amé siempre la tarde, pienso que a la enve-
jecida luz de esa hora mi madre es el alma misma de la
tarde; y cuando en esa actitud la he encontrado, me vuelvo
de puntillas y llego a casa contando que en el pueblito de
recuerdos donde vive mi madre, la tarde permaneció hoy
largo rato con la mano en la mejilla.

Allí, como entre vestigios de jardín, vive mi madre
entre sus últimos ovillos de sedalina, entre los irisados
témpanos de cristal de la lámpara que nunca se compuso,
junto a la cruz de palma bendita que en otros años po-
níamos en el patio dentro de un plato de agua cuando
había tormenta.

Hay algo allí de primavera archivada, serán las flores
secas que también hay, o bien aquella mota que aunque ya
sin polvera conserva su ampulosidad de bailarina que ha
engordado; en todo caso, será de tanto vivir entre esas cosas
por lo que la mirada de mi madre es lejanamente dulce y

vagamente apagada, como sería, si uno pudiera verlo, el nostálgico aroma de las galleticas Palmer's. A veces mi madre y yo nos vamos pueblo adentro, oyendo bajo nuestras pisadas el crujir de oro de las hojas secas, nos vamos a lo largo de ese territorio de oro, a veces ella y yo nos vamos, mirando yo caer las hojas secas que a lo largo de años y años de vivir en su pueblito de recuerdos, se le han ido desprendiendo de su anticuado vestido de flores a mi madre.

Vamos en un tranvía bajo la lluvia, pasajeros los dos de un puente que ella le dijo a papá que parecía un barco, mi madre quiere que nos detengamos donde está el vendedor de granizado para que yo me coma las estrellas. Ahora me sube a su hombro para que yo contemple por la primera vez un río. Pero el fulgor de sus cabellos me resultó más fascinante, pues como era ya la noche y era marzo, y apareció la luna bajísima e inmensa, yo por la primera vez vi el mar, lo vi dormido de mi madre en los líquidos cabellos.

Ahora llegamos al momento en que yo no he nacido. Ahora mi madre está tendida sobre el mundo, y el amor la agasaja de perfumes como a la tierra un río de duraznos; dócil, pluvial, arbórea, taza de leche enamorada, está ahora tendida allí mi madre, cuna de flores el dulce cuenco de su vientre para tornear —suavísima alfarera— la sustancia de siglos que cantando la nombra en la palabra de mi padre.

Madre, pequeña fábrica de amor, mansa esposa del Tiempo, milagro de tu carne fue darle forma humana a las tinieblas y recoger la noche en tus entrañas para levantarla como una espiga hacia la aurora.

Yo lo sé, yo lo sé, porque mis ojos, yo lo sé, no han conocido estrellas más suntuosas, ni mañanas más claras, ni flores más augustas, ni en fin nubes, que las que aprendí desde tu cuerpo a mirar a través de tu mirada.

PASA MI PADRE

Ahí va mi padre pedaleando su bicicleta de jardinero
Él lleva sin saberlo la poesía como una violeta en el sombrero
Y a mi niñez le gustan entusiastamente sus zapatos
que son como unos caballos viejos y cariñosos

En aquellos tiempos estaban muy baratas las cosas
Teníamos una casa de flores que solo nos había costado
[a razón de
un sufrimiento insignificante el metro cuadrado

Figúrense cómo estarían las cosas de tan baratísimas
[entonces,
que yo tenía una hermana llamada Lilia
a la que no llegué a conocer porque se murió
[aprovechando lo
barata que se había puesto la muerte por aquellos días
Mi padre pagó en cómodas cuotas la muerte de aquella
[niña:
Todos los días al llegar del trabajo, lloraba un poquito
[sobre
el hombro de mi madre
Y en cosa de cinco meses estuvo saldada la deuda con la
[muerte,
cosa que no se puede hacer hoy día. ¡Todo está ahora tan
[caro!

¡Con decir que las lágrimas están reguladas por el
[departamento
de control de precios!

Teniendo yo nueve años y él me imagino treinta,
me pidió delicadamente esa mañana que me volviera
[de espaldas,
mientras él se bañaba con sus inocentes calzoncillos,
[porque
el mar le gustaba mucho y estaba amaneciendo

No sé cómo aquel hombre se las arreglaba para que yo y
mi hermana Elba recorriéramos el mundo
pasajeros los tres en su bicicleta de flores;
lo cierto es que el buen hombre tenía un exquisito olfato
[comercial,
y los domingos nos llevaba (él puesto su bellissimo
[sombrero de
violetas y sus conmovedores zapatos, y nosotros sus hijos
[la niñez
como un vestido de estreno) a mágicos mercados donde
[los campos
con sus correspondientes ríos y colinas se vendían a dos
[paisajes
por centavo

Y en aquellos lugares mi padre cumplía plenamente su
[vocación
de ladrón irredento,
pues regresábamos los tres a casa con un insólito botín
[de aromas

Y todos nos queríamos mucho por eso

Una vez nos sorprendió un inmenso aguacero durante uno de
 aquellos paseos
 Como teníamos miedo Elba y yo, pues había muchos
 [relámpagos y
 el río iba creciendo bastante,
 mi dulce padre nos acogió a su pecho, un hijo a cada lado, y
 estábamos como debajo de un pan, bien que me acuerdo
 Nos besaba con las violetas de su sombrero para
 [consolarnos de
 nuestro miedo, y parece que lloraba también, no estoy
 [seguro
 Y desde luego porque en esa ocasión y lugar oímos mi
 [hermana y
 yo latir el corazón de nuestro padre Rafael Nazoa bajo la
 tempestad,
 es por lo que desde entonces nos sentimos a ratos tan
 [desdichados
 en esta vida
 Y sin embargo, si ahora mismo nos fuera dado elegir:
 entre aquella hora y el destino a que fuimos
 [implacablemente
 condenados,
 yo y Elba elegiríamos el que nos señaló nuestro indefenso
 [padre
 aquella tarde que no olvidaremos, pasajeros los tres en su
 [poética
 bicicleta de jardinero.

CON JOSEFINA, MIRANDO TRABAJAR AL AMOLADOR DE WALT WHITMAN

Allí donde la multitud incesante de la ciudad se halla todo
el día en movimiento.

Apartándome, voy a reunirme a un grupo de niños que
algo contemplan.

Me detengo y me sitúo a un lado con ellos.

Junto a un brocal, a la orilla de la calle,

Un amolador trabaja en su rueda amolando un gran
cuchillo;

Curvándose, lo acerca delicadamente a la piedra, que
hace girar con el pie y la rodilla.

Pedaleando acompasadamente, la hace girar con rapidez,
a la vez que presiona con mano ligera pero firme.

Saltan entonces en copiosos chorros dorados,

Las chispas de la rueda.

La escena y todo lo que la rodea, cómo se poseionan de
mí y me emocionan:

El triste anciano de fuerte mentón, con su ropa gastada y
su ancho delantal de cuero,

Yo mismo, tan efusivo, tan natural, un curioso fantasma
flotante, heme aquí ahora, inmóvil y absorto,

El grupo (un punto de ensimismamiento aislado en un
inmenso ambiente),

Los niños atentos, silenciosos, la bulliciosa, altanera e
intranquila circulación en las calles,

El áspero chirriar de la piedra girando, la hoja de metal
 suavemente presionada,
Difundiendo, soltando, lanzando hacia los lados,
En minúsculas lluvias de oro,
Las chispas de la rueda.

ANTONIO MIRANDA,
EL REY DE LA MIEL DE ABEJA
Y POETA DE LA CALLE

Una mañana Noemí
soltó el perro del amor,
y habiendo la gente así
por aquel alrededor,
¡lo que es la vida, doctor!,
¡el perro me mordió a mí!

¡Miel de abeja!

Juan Bimba no toma miel,
la miel de la cesta mía:
lo que gana trabajando
¡lo pierde en la lotería!

¡Miel de abeja!

Una vieja en La Pastora
se enfermó de las rodillas,
y se curó en media hora
con miel de abeja en barquilla.

Ya te lo dije, Juan Bimba,
que vendrán tiempos mejores

siempre que tomes la miel
que es almíbar de las flores.

Alemania le declaró
la guerra a la cesta mía
porque no quise mandarle
miel de abeja el otro día.

Alemania va corriendo,
Inglaterra más atrás,
y yo con mi miel de abejas
que no me dejó alcanzá...

RETABLO

El Ángel Gabriel
le anunció a María
que de sus entrañas
Jesús nacería.

Ella le contesta
con resignación:
—Yo no he recibido
todavía varón.

—Tú por permisión
Dios parirás,
y el niño que nazca
Emanuel llamarás.

Pero San José,
que esto no sabía,
se fue de la casa
dejando a María.

El Ángel en sueños
se le apareció
y al santo patriarca
de este modo habló:

Le dijo: —José,
recibe a tu esposa,
que es de Dios la obra
misericordiosa.

Y entonces el Santo
a su hogar volvió,
y desde ese día
muy feliz vivió.

*El Niño Jesús
nació en un pesebre
porque de donde menos se espera
¡salta la liebre!*

MOMO

Monarca de la fiesta, viejo Momo,
a ti también te está pegando el plomo;
de tus antiguas galas, de tus máscaras
ya no quedan, oh Momo, ni las cáscaras.

Tu alegría de antaño ¿qué se ha hecho?
¿Andarás con la máscara en el pecho,
desplumado, peludo, alicaído,
hablando solo sobre el tiempo ido?

Monarca de la fiesta, viejo Momo,
cuando yo pienso en ti, casi no como:
apenas un mondongo, un bistecito,
medio bollo de pan, un huevo frito...
Porque como te digo, viejo Momo,
cuando yo pienso en ti casi no como.

Ya no te espera ansiosa Colombina,
ni te toca Pierrot la mandolina;
ya no te rinden culto en tus templetes
sino algunos disfraces tan zoquetes
que en vez de hilaridad,
lo que a lo sumo causan es piedad.

Ya no existen, oh Momo, aquellos coches
que durante tres días y tres noches
desfilaban en fila interminable
por entre el pueblo frívolo y amable
que ¡aquí él! les gritaba en las esquinas,
mientras las bulliciosas colombinas
tiraban caramelos y juguetes
y serpentinas dobles por paquetes.

Monarca de la fiesta, viejo Momo,
¡te fuiste abajo y nadie supo cómo!

MI INTELECTO

Humildemente al señor Ballenilla

Esta memoria que tiene por dentro el cerebro mío,
ya no sé qué le está pasando porque yo observo
que cuando quiero recordar a Rubén Darío
del que me acuerdo es de Amado Nervo.

Y cuando me voy a caminar por el mundo entero
por todas partes que paso voy regando mis tristes despojos.

Y en unas partes dejo olvidado el sombrero
o en otras partes lo que se me quedan son los anteojos.

MANIFESTACIÓN FRATERNAL

Porque es tan dulce y bello mi decir,
tan sensible, armónico y succulento,
que hasta el sol he hecho sonreír
y a oírme cantar se ha parado el viento.

Otra cabeza con claro pensamiento
y otra pluma que deslinda mejor,
para hacerte creer con el nuevo invento
que metí en mi bolsillo: al viento y al sol.

Será su disgusto tan enorme y feo,
que al mar con todo y ropa me va a arrojar
y en mi caída será tan enorme el chisporroteo
que hasta la cara del sol la voy a mojar.

CON BRIAN PATTEN EN BUSCA DE MAUD Y EL JARDÍN

Maud, ¿dónde estás, Maud,
con tus largos vestidos y tu cuerpo de crema de
[albaricoques?

¿En qué jaula colgaste el oscuro murciélago de la noche?
¿Qué sucedió con el jardín? Maud, todo ha pasado,
y ahora puedes contárnoslo a nosotros tus amigos.
Maud, ¿dónde estás, Maud?

Lírica todavía pero ya muy usada, andas por los suburbios
viendo pasar los autobuses llenos de gente joven y feliz,
preguntándote qué habrá sido de aquel jardín si es que
ha ido a parar en alguna parte.

Y cómo pudo suceder que lo hubieras perdido, Maud. Ya
no hay remedio.

¿Será posible que estés ya definitivamente perdida?

¿Estás viviendo ahora con un músico sin trabajo?

¿O has alquilado un cuarto con unos cuantos muebles
donde te sientas ante un anticuadísimo radio de baterías
para escuchar las últimas malas noticias de última hora?
Maud, ¿qué está pasando?

¿O llevas puesto un vestido Mary Quant? ¿Dónde estás,
[Maud?

¿Estás muy perdida y demasiado sola?

¿Todavía al dormirme sueñas aquellas cosas estupendas
y despiertas con una mano encima de los pechos y la otra
sobre tu sexo?

¿Lloras por tu jardín que se perdió entre sugerencias
obscenas, donde las flores de cemento ya no se abren
ni se cierran?

¿Quién vertió en él la sustancia herbicida con que fue
asesinada tu inocencia?

¡Nosotros no logramos saberlo nunca aunque tratamos
de ayudarte!

De modo pues que vuelve, Maud, a la ciudad,
donde las flores son demasiado tempranamente cortadas
y los días apuñaleados como feroces enemigos.

Maud, ¿eres tú, Maud, esa que en este instante veo pasar
tan sola, escurriéndose por entre los bloques de oficinas
en alquiler, con la cabeza pensativamente baja
y unas recientes lágrimas denunciándote en las mejillas
lo doloroso de una tristeza que no habla?

LAS HALLACAS, EN UN PASTICHE BARROCO AL ESTILO DE MARIANO PICÓN SALAS

Mejor que en el arte de los primeros alarifes criollos —los que con cuidado de orfebres traducen al viejo ladrillo de la tierra caliente el encanto de ciertas iglesillas de la meseta castellana—, es en tan sávido condumio como la barroquísima hallaca, donde el venezolano va a dar el primer signo del complejo cultural mestizo. Del mismo modo que el áspero castellano del siglo XV va a descubrir una como nueva y más poética órbita expresiva en la tropical languidez de dialectos indígenas que lo enriquecen con voces tan cadenciosas como topocho y chinchorro, es en la perfumada guarnición de unas criollísimas hojas de cambur, a la que la humilde hallaquera revistió de una telita de masa que se parece a su piel maquillada con manteca de cochino y onoto, donde Europa congregará las últimas aceitunas y almendras de su pasado bíblico, para iniciar con la hallaca el gran proceso de nuestra indigestión cultural. Pienso por eso que quien pudiera desentrañar el misterio venezolano en su complejo sociológico o en el drama de su integración histórica, debería dedicar a comerse unas cuantas hallacas el tiempo que dilapida en pedantes libros de sociología. Que nuestra Biblioteca Nacional pudiera contar —aunque solo fuera un sábado a la semana— con un departamento de hallacas bien servidas; que cada estudiante pudiera asistir

a su clase de Humanidades con una hallaca debajo del brazo, sería el ideal de un programa educacional de más decidida vocación venezolana. Y nada habremos aprendido de nosotros mismos mientras nuestros flamantes editores no se dediquen a producir hallacas en ediciones bien corregidas y empastadas, capaces de tentar en el estudioso que gusta de la lectura útil el placer de sentarse cada noche en la soledad de su escritorio a hojear una buena hallaca.

LAS HALLACAS, EN UN PASTICHE
AL ESTILO COLÉRICO
Y DESENCANTADO DE ENRIQUE
BERNARDO NÚÑEZ

Por real mandato de Juana la Loca se instala en Caracas la primera fábrica de hallacas. Los cronistas no hablan en sus noticias acerca del hombre que se comió la primera hallaca. Hablan en cambio del hombre que se comió el primer aguacate, aunque uno y otra vienen a ser lo mismo. Sobre todo en estos tiempos en que le hacen pagar a usted hasta cuatro bolívares por un aguacate que después no tiene nada adentro, como le quitan hasta un fuerte por una hallaca que lo que tiene adentro es una especie de pepa de aguacate. El año pasado, por esta época, cometimos la ingenuidad de comprar una hallaca que el vendedor nos había ofrecido como de cochino. Fueron inútiles nuestras gestiones por devolvérsela al comprobar que lo único que había de cochino en aquella hallaca era la forma en que había sido preparada. Tres aceitunas semejantes a parapas navegando en un líquido turbio que bien podría haber servido para preparar hallacas embotelladas. He aquí un buen tema para nuestros oradores políticos: el falsificador de hallacas. Pero la hallaca es de esos temas que no se prestan para las grandes palabras. Movería a risa un senador, por ejemplo, denunciando en el Senado que tal o cual pariente se le murió intoxicado con una hallaca falsificada. O un legislador que

presentara un proyecto de ley en el cual se le reconociera a todo el que compre una hallaca el derecho a devolverla si no viene acompañada de un certificado médico. A un amigo nuestro de Valencia se le murió una perrita que tenía por haberle dado a comer una de esas hallacas la Nochebuena pasada, pero en verdad pensamos que en este caso la pasada era la hallaca. Pero estas noticias no preocupan mayormente a la ciudad que se envanece de ser la más progresista del continente. Al contrario, a lo mejor hay gente que se alegra de saber que a pesar de nuestra relativa juventud, ya somos capaces de producir las hallacas más peligrosas de América. La perrita de nuestro amigo fue uno de esos mártires anónimos de la imprevisión. Había sido vacunada contra la rabia. Pero no lo estaba contra las hallacas.

USTEDES PERDONEN

Parado en la mitad de la calle
he abierto mi pecho como un bonito escaparate de
[novedades
Sacadas de allí, me he puesto
a repartir cosas con las que nadie sabía qué hacer
Como se hacía tarde hubo que cerrar y otro día será.

MARÍA CON SU VESTIDO DE FLORES

Hoy diciembre abrió el día
como un viejo baúl:
el aire desde esta mañana se llamaba María,
o sea igual que establo o que lavanda.

Hoy hay flores de pascua por el tiempo;
hoy adiós, mi suavísima María,
como estás tan de viaje y eres bella
y como yo te amo y tan graciosa,
entonces porque vayas bien vestida,
diciembre esta mañana empezó el día
haciendo de modisto y maricón,
y como desde ha tiempo no lo hacía,
hoy, María, diciembre ha abierto el día
como un viejo baúl
y procedió al remate, oh mi amada María,
para vestirme de papel azul
y poner a tu paso para que te sea grato tu paseo,
nubes de lencería,
rosas de lencería,
olas como tus amables pechos de lencería,
María de lencería.

¿Por dónde andas María y qué te dice este día qué te dice
este día este día de diciembre qué te dice que yo no

[entiendo?]

Donde estés, desde donde estés, óyeme y ven María
ayúdame a buscarlo que como de costumbre yo no lo
[encuentro.

Entre tanto hoy diciembre abrió el día
como un viejo baúl,
y el tiempo se llamaba como tú, María,
y el mundo, porque tú estás en él, era azul.

FLORENCIA, 6 P. M.

Eres más simple y buena que el pan con mantequilla
y como un vaso de agua transparente y sencilla.

Eres por dentro todo lo que luces por fuera,
o sea una muchacha de oficio jardinera.

Mi delicada Ofelia, rosa de mi elegía,
silenciosa doliente del cadáver del día.

Como un alma sonámbula vas por entre las flores,
ignorante de que eres uno de sus colores.

Y una penumbra triste tus cabellos anega
cuando miras la tarde con tus ojos de ciega.

Y, poblado el ocaso de rumores lejanos,
al resplandor del Ángelus se arrodillan tus manos.

Alma de los jardines solitarios, Florencia,
así es de melancólica para mí tu presencia.

Antigua en tu comarca de neblinas y aromas,
y escoltando tus sienes un vuelo de palomas.

Y hoy, Florencia, te quiero muy dulce y tristemente:
lo sé porque la tarde me dio un beso en la frente.

CEPILLOS

Los cepillos echan a caminar silenciosamente entre
[la noche como gusanos;
con sus arácnidas patas se suben a la cama en que
depositamos la miserable basura de nuestros sueños
y allí se ponen a roer, más feroces que perros,
el pobre pedazo de carne que dejó de nosotros
el día de sufrimiento que irremediamente tuvimos
que vivir.

Inocentemente dormimos mientras los soliviantados
cepillos se comen nuestros pies, la palma de
nuestras manos, los nombres que uno ama.

Los cepillos penetran en la noche nuestra
piel con sutileza perversa de animales marinos,
para inducirnos cobardemente las enfermedades
secretas de los lavabos.

Asexuados, albinos, ciegos de nacimiento,
necesitan los cepillos vengar en nosotros culpas genéticas
que no están en nosotros
y en lo alto de la noche se licúan y reptan como
gusanos atroces, para ir a meterse por las grietas
de nuestros sueños.

Cada día de nuestra vida amanecemos o despertamos con una creciente e inexplicable sensación de malestar; es simplemente que durante la noche los cepillos nos han roído algo de la existencia a que teníamos derecho.

TÚ ERAS UNA CIUDAD ABANDONADA

Tú eres una ciudad abandonada en el fondo de mi corazón.

Yo soy un niño que cruza la ciudad solitaria y llorando a medianoche.

El viento bate tus puertas rotas, la lluvia azota tus jardines abandonados.

Yo soy un niño que entra en tus casas abandonadas llamando a su madre, soy un niño perdido en ti que eres una ciudad abandonada, y me deshago en llanto sentado a la puerta de tus casas vacías.

No sé leer ni podría leer a través del llanto el nombre que veo escrito en uno de tus muros; tal vez sea la palabra que busca mi desconsuelo, y no lo sé.

Tú eres una ciudad abandonada en el fondo de mi corazón y yo un pobre niño errante bajo las estrellas que se reflejan en los charcos que deja la lluvia en tus calles desoladas, lluvia como mis lágrimas de niño solo que divaga en la ciudad abandonada que eres.

Ahora llego a tu plaza inmensamente solitaria en la noche y allí viene a buscarme el alba que de pronto ha surgido sobre tu abandonado campanario, y entonces con la luz del día que es como yo un niño de siete años, descubro que mi corazón está lleno de flores.

HOMBRE Y PAN

Un hombre come un pedazo de pan sentado en un quicio.

El hombre y su pedazo de pan conversando
amistosamente en voz baja.

Ese hombre y ese pedazo de pan son hermanos.

Ese pedazo de pan y ese hombre se quieren
silenciosamente como un perro y su amo.

El hombre come entre largas pausas su pedazo de pan.

Es decir, cada cierto tiempo, luego de pensar alguna cosa
sin importancia,

El hombre toma su corazón en la mano y le da un beso.

Siempre hay un alma buena que le regale un pedazo de
pan a uno.

Tome, señor, y mira, perro, es lo mismo.

Para los efectos de ver a un hombre ahí sentado no
digamos que triste, No:

ni siquiera triste ni nada sino ahí sentado, ahí domado, ahí
amansado, ahí

ahí sentadito comiéndose tranquilamente su pedazo de
cansancio a la puerta del cine

y adentro la ciudad viendo la misma película de amor.

MOZART COMESTIBLE

Nadie sabía que el pobre Mozart tenía sus bolsillos llenos de monedas de oro.

El pobre hombre se quitaba cada noche sus desventurados pantalones, y al sacárselos caían al suelo las tintineantes monedas.

Pero como su esposa era medio sorda, creía que se trataba de monedas de plomo.

La señora de Wolfgang Amadeus Mozart era muy rigurosa en sus costumbres.

Pensaba sinceramente que las heridas de aquel tan elegante corazón se cerrarían con curitas Johnson.

Y se las aplicaba inútilmente cada noche, mientras el hermoso corazón de Mozart se desangraba en silencio, como si dijéramos una botella de jarabe que se le quiebra a uno secretamente en la bolsa de las compras.

Mozart tenía muy mal carácter, muy mala memoria y muy mala suerte.

Especialmente una vista pésima.

Un día se subió en una nube creyendo que era el autobús. Otra vez mirando salir en sucesivo vuelo unas palomas de un palomar, se puso a gritar en plena calle: ¡Epa, epa, se están escapando los guantes!

Era un hombre muy hermoso y según se dice se alimentaba con medias de seda.

Era muy descuidado también, a la hora del baño se tragaba el jabón creyendo que era una almendra.

Una vez a Mozart los policías lo pusieron manos arriba, porque al pedirle su cédula de identidad les presentó una rosa.

Mozart era muy mal educado: en las recepciones se comía el perfume de las señoras y les besaba la ropa en público.

El día que murió Mozart estaba nevando, y sus amigos en vez de enterrarlo decidieron comérselo como un mantecado.

Y como está comprobado que los helados se comen con la boca especial del amor,

llegamos a la conclusión de que Mozart no existe sino en los labios de los enamorados, y eso si es domingo.

ZOILA

Zoila con tu anticuado nombre de viejísima fotografía
cada vez que pienso en ti me pongo tristísimo,
recordando a mis primas y aquel carretel de hilo.

¿Recuerdas que esa vez Amelia estaba de luto
y tú olías a ropa recién lavada?

Ya para entonces te llamabas Zoila
e ibas y venías atolondradamente por toda la casa,
porque como de costumbre tú eras una pelota
de tenis en ese entonces
y en vista de que todos estábamos enamorados
de ti,
Héctor y yo nos pasábamos la vida a la
espera de que tú aparecieras en la función
de intermediaria.

¿Te acuerdas, Zoila, de que en aquel tiempo
tú eras la prima hermana de mis zapatos?

Todo eso pasó, implacablemente; pasó
pero tú sigues siendo digamos una palmera
en el patio de mi casa.

Ay, Zoila, ten cuidado que el viento no se lleve tu sombrero de película muda y especialmente prepara tus defensas contra el desmesurado beso que te dará en más o menos tu pómulo izquierdo, el distinguido escritor cubano Alejo Carpentier. Alejo y yo te adoramos.

Zoila, mi corazón se pone los delicadísimos guantes que tú me diste, para tocar tu frente y mi boca se llena de flores de otro tiempo cuando digo la palabra Zoila.

¿De dónde saliste tú? ¿De qué gaveta de la máquina de coser saliste tú?

Zoila, mi compañera anticuada, mi fotografía desteñida, guante de mi corazón, pelota de tenis, sobrina de mis pantalones; Zoila, pedazo de pan a la orilla de mi pobreza, perro que siempre anhelé tener. Zoila, flecha de oro, pequeña piedra de David; Zoila con tu frente poblada de estrellas; Zoila solísima y acompañada de mi
[ropa.

Zoila, de dónde saliste. Yo sé por mi parte, querida, que saliste de mi bolsillo preferido.

A JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Buenas tardes, Calcaño, y buenos días;
buenas noches, mi padre y compañero,
de mi casa de amor ala y alero,
más mía tu palabra que las mías.

Yo que fui de los últimos tranvías,
José Antonio, el más triste pasajero,
yo que un tiempo esplendor vi mi sombrero
al fulgor áureo de las Tres Marías.

José Antonio, amigo mío
ahora, de mi perdido corazón te envío
ese roto trasunto, estas sus huellas,
que por hermoso y tuyo y merecido
les van contigo al toro florecido
«que en campos de zafiro pace estrellas».

RAFAEL PINEDA LE PRESTA SU CAMISA A SIMÓN BOLÍVAR

Todos los días pasas por mi casa soltando una rutilante cantidad de malas palabras y declaraciones de amor a la puerta de mi frente;

Subido a tu caballo de plata vienes de casa en casa dándole a cada uno como rosas tu poquito de sufrimiento.

Manuelita no hallaba qué hacer ahogada en lágrimas como estaba en esos días; y yo también, como les consta a algunos,

en esa horrenda tarde de tan hermoso dolor me comí casi todos los pañuelos.

Último besamanos de tu pasado, hablábamos un fluidísimo francés, Simón Bolívar con tu alma poblada de pianos.

Simón Bolívar, padre culpable de mi sangre, padre de mis ojos, cómo abandonarte, hijo mío, cómo, si cada vez que mi madre contempla el horizonte de Caracas, ahí estás tú, reclinada tu última reserva de derrota sobre los hombros de Rafael Pineda, tan tan solo 1827.

Nunca olvidaremos pues ese instante de varonía suprema en que nuestro amadísimo y diligente Rafael habiendo galantemente besado una hoja de las que pisó tu caballo,

se arrancó los colores de su camisa como quien se despoja
el cuerpo de un cuaderno de mariposas.

Y a condición de que el amor te acompañe en la muerte, te
la concede a título de préstamo,
para que llegues bien vestido a tu cielo especial,
querido amigo Simón Bolívar.

A NUESTRA ALECIA, TAN QUERIDA
DE TODOS,
INCLUDING THIS SONET'S SIENAER

Porque soy tan tu amigo y tan tu hermano;
porque mi oficio es ser tu compañero,
y al pan que me alimenta el pan prefiero
el que nombro en tu amor con nombre humano.

Por madre mía, si sentada al piano,
por si tu frente toco tu alfarero,
por decirte, Alecia, que te quiero,
sangra en flores la palma de mi mano.

Yo soy, Alecia, el miedo de tus ojos,
yo idolatro en tus hombros los despojos
de cosas que no tuve y eran mías;

Tú entre ellas, Alecia, y yo te quiero,
y puesto que de amor de ti me muero,
Alecia, dame un beso y buenos días.

ELEGÍA SOLA

El corazón del molino está llorando por ti
Cuando dejaste de hablar una flauta cayó en el fondo de
[las aguas
Se está deshojando el romero con la llovizna, por ti
Toda la vida seguirá lloviendo pensativamente

En tu costurero habrá un dedal marchito y unas
cintas en la agonía para siempre
Y yo siento que se me ha quedado roto entre las manos
[aquel
lucero de Belén en que creíamos cuando niños

Llevábamos un domingo entre cuatro amigos tu caja
[blanca
como suntuoso regalo de frutas

Nada ha quedado de ti desde entonces sino recuerdos
[y lejanísimos pañuelos.

SOCIEDAD DE CONSUMO

Ahora todas las cosas se echan a perder antes de los cinco días de compradas, y no le podemos reclamar a nadie.

Ni el departamento de reparaciones funciona, de modo que nuestra casa va día a día llenándose de cosas lisiadas, de radios tartamudos, de cámaras fotográficas ciegas, de sentimientos que vinieron equivocados de fábrica.

De melancólicas sillas rotas que andan por toda la casa pidiendo limosna con su muleta debajo del brazo, de ganas de vivir que se frustran dada la pésima calidad de las baterías.

Usted no sabe lo lamentable que es dormir en una almohada a la que se le botan los sueños.

O cada despertar tener que apresuradamente saltar a correr las cortinas para evitar que a la única ventana se le siga botando el paisaje.

No sé cómo llegué el otro día a la estación de servicio, pues resulta que a lo largo de todo el viaje se me había venido botando la vida por el camino sin darme cuenta.

En los basureros de las ciudades hay cantidad de infelices que viven de las cosas que se les botan a otros; de lo que el

tiempo va acumulando de las casas a las que se les botan los recuerdos.

De amantes, por ejemplo, a los que, por lo mal tapado del corazón, se les bota el amor; o de solitarias mujeres a cuya desolada memoria se le botan los recuerdos.

Nosotros, los solitarios transeúntes de la noche, nos ocupamos en recoger esas materias de desecho para tener algo de qué vivir, bajo este miserable cielo de tan mala calidad que se le botan las estrellas.

Ni siquiera nos queda el recurso de morir para de algún modo escapar a este infierno en el que sin merecerlo nos encerró vivos el sistema de la libre empresa, porque nos sobrecoge el temor de que vayamos a parar a uno de esos cementerios cuya primera cuota pagamos con tanto esfuerzo y entusiasmo y resultan ser de tan pésima calidad que a los 3 o 4 días de enterrados ya empiezan a botárseles los muertos.

LA ALMOHADA

A los tres días de comprada me di cuenta de que a la almohada que me vendieron por cuotas se le botaban los sueños.

A los pocos días de comprado este apartamento me di cuenta de que por sus ventanas se le botaba mi vida.

Me enamoré de una mujer a la que se le botaban mis palabras por todas las grietas de su corazón echado a perder.

Me hice poner un corazón nuevo y a los pocos días se le salían mis sentimientos, y se me iba botando por las calles.

Me compré una juventud de transistores fabricada en el Japón y apenas estrenada me di cuenta de que por ella se me iban botando los años.

Me subí en el autobús para ir a mi casa y a poco el chofer nos dijo que debíamos bajarnos todos porque se le estaban botando los pasajeros.

Me morí de tan fastidiado que estaba y resultó que al cementerio se le estaban botando los muertos.

Yo no puedo ver una flor sin que se me boten las lágrimas.
Ni un paisaje sin que se me boten los ojos.

Cada noche llega una hora en que se me botan los pantalones y como digo me reclino sobre una almohada a la que se le botan los sueños.

TODO ESTÁ ECHADO A PERDER

Hay en algún lugar de tu costado,
o tal vez en tus sienes o en tu oído,
sin que nadie lo sepa y medio herido,
un pajarito tuyo y coloreado.

Un pajarito con el pie quebrado,
tan duro y tantas veces ofendido
que ¿cómo, dice amor, darte el olvido
mi simple corazón enamorado?

Hay, digo yo, en tu cuerpo y tu mirada,
toda una pajarera aprisionada
y un jardín moribundo en tu vestido.

¿Seré yo, dime, el mínimo de cielo
con que tanto soñó tu roto vuelo?
Ay, yo tan solo sé que te he querido.

ELEGÍA

(Llevado de la mano de J. R. J.)

Alguien ha muerto en mí, alguien se ha muerto
en la casa vacía de mi alma;
alguien en quien yo había como en una
página blanca
dibujado un jardín,
y en él, tristísima,
una muchacha solitaria.

Yo le inventé un crepúsculo de oro
cuya luz de otro tiempo le llegaba
como un recuerdo y la envolvía en una
tristeza dulce y vaga.

Yo le inventé y le puse entre los dedos
una muriente rosa medio ajada
que era como la imagen de su vida
o la de su nostalgia.

Yo le inventé un país en su memoria
y un sueño desde el que ella me llamaba,
y pues un río había en mis bolsillos,
saqué mi corazón y lo eché al agua.

Yo la vestí con hojas de otoño,
yo le inventé un camino en su mirada
por el que iba ella misma
sola como la madrugada.

Yo la miré esplender en las tinieblas
sin que ninguno su fulgor mirara,
¡oh estrella del amor, diamante inútil
por un vidrio tomada!

Mas el amor dibuja con mi mano:
he aquí las aldeas de la infancia;
ya estamos en el patio del colegio
y yo tengo una novia colegiala.

Pues de vuelta del fondo de la noche
donde yo la inventé tan solitaria,
mi novia va a cumplir 17 años
que mi imaginación enamorada
convirtió en 17
pájaros en el cielo de mi amada,
17 cocuyos en mis ojos,
o 17 flores en su falda.

Ay, mis pobres imágenes, mis pobres
imágenes románticas,
con vosotras vestir quise mi vida
y me quedásteis mal pegadas.

MARÍA

María se pone todos los días a las 2 p. m.
un dedal de oro para remendarles la ropa a sus hijos.
Ese dedal lo traía ya puesto cuando nació.

Ella está hecha de hilo blanco.
Ella está siempre sentada a su máquina de coser
remendándole el corazón a uno.
Ella se levanta majestuosamente de su silla de
magnífica señora
y todos nos deslumbramos
ante su imperiosa presencia.
María se sirve a sí misma en un plato de
dulce
y todos nos sentimos como arrepentidos de
estar vivos cuando ella se nos acerca,
porque María nos va a matar con su
presencia, señores.

Todos mis amigos están enamorados más o menos
de María
y yo también.

Qué bonita es esa dama cuando sale a recibir
a una visita
y de tal manera le da los buenos días

que a uno le dan ganas de contestarle Buenos días, María.

María es absolutamente niña, cuando está desnuda a uno le da vergüenza su desnudez.

Siempre está recién nacida.

María desnuda es más indefensa que una estrella con sus magníficas nalgas como duraznos con su vientre de madre y sus piernas pedidas a la pastelería y su barriga donde viven todos los niños de Vietnam.

Yo a veces le beso los pies a esta mujer que cayó rendida por el sueño y por eso ella anda como de puntillas, para no pisar los besos que yo he distribuido equitativamente entre sus dos pies.

A María le gustan las rosas.

He aquí por qué yo me deshago a los pies de esta mujer, y ella camina por sobre mis pétalos.

María es una máquina antigua de moler violetas. Cuando uno se está muriendo de sed, no hay más que darle un beso a una palabra de María.

Es firme, es peleadora, es agresiva
 para todo lo que implique injusticia.
 Y sin embargo, nunca he sabido de
 nadie que le resulte tan grato a
todo el mundo.

Por lo menos 3 de mis amigos están enamorados
 de María.
 Yo estoy algo más que enamorado
 de esta mujer; yo estoy integrado a
 ella. Hemos pasado más de 25 años juntos,
 y todavía sigo yo sin creer el
 haber logrado semejante adquisición.

Hombres ilustres y famosos que alguna
 vez pasaron a nuestro lado,
 se quedaron prendados de la
 personalidad de María: Juan Bosch
 simplemente la adora. Manuel Rojas,
 en una de sus últimas conferencias,
 la llamó «mi hijita», y una de las
 familias más ilustres de
 nuestra patria, una de esas que
 deciden el rumbo histórico
 del país —la familia Camejo
 Octavio— aprecia a María
 como una víscera de la familia.

ÍNDICE

AQUILES NAZOA, POETA POPULAR	7
NOTA EDITORIAL	15
LA LLUVIA	17
A NENA VIÑA EN EL SANATORIO	20
DOS CANCIONES DE BEETHOVEN	22
CANTO AL CONGLOMERADO NACIONAL	23
EL PERRO SARNOSO	25
ELEGÍA A UN SUICIDA CON GAS	26
EL POSTE	27
A LA PIPA DE GIL FORTOUL	28
EL CABALLO AHOGADO	29
ALEGRÍAS PASADAS	30
DICIEMBRE	31
NAVIDAD	33
LLEGÓ LA NAVIDAD	35
AL AÑO QUE SE FUE	37
EL DÍA DE CARACAS	38
RELÁFICA AL INVIERNO	39
ODA A LA CUCARACHA	40
MÉTODO PRÁCTICO PARA APRENDER A LEER	
EN VII LECCIONES MUSICALES CON	
ACOMPAÑAMIENTO DE GOTAS DE AGUA	42
PUERTO (<i>Cuadro de Armando Reverón</i>)	45

<i>HIGH LIFE</i> DE PRIMAVERA	46
VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE DEBUSSY	47
VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE BEETHOVEN	49
EN LA MUERTE DE UN NIÑO	51
ELEGÍA A UN ELEFANTE	52
LETRA PARA LA PRIMERA LECCIÓN DE PIANO	53
DE LAS COPAS	54
EDGARDO DEGAS	55
EN LA MUERTE DE MAMBRÚ	56
MUÑECA CRIOLLA	57
LA ABUELA	58
POEMAS PARA LOS PEQUEÑOS MUERTOS DEL RÍO	59
ELEGÍA A JOB PIM	61
RETRATO 1940	62
BALADA PESIMISTA	64
RETRETA DEL DOMINGO	67
DOMINGO	68
DICKENS CARAQUEÑO	69
ANOTACIONES DE UN ABURRIDO	70
CUENTO DE NAVIDAD	72
RATÓN PÉREZ	73
EL POETA CANTA A LAS COLEGIALAS	82
LAS LOMBRICITAS	84
DON ANSELMO	86
<i>LES FLEURS DU MAL</i>	88
AQUILES AUTOBIOGRÁFICO	89
EN LA PLACITA	91
INVOCACIÓN AL TRANVÍA	92
LLUVIAS	93
PARA ÁLVARO SANCLEMENTE	94
ELEGÍA SENCILLA	95
EXALTACIÓN DEL PERRO CALLEJERO	96

LA VIDA COTIDIANA	98
AL TUERTO LÓPEZ	99
POEMA RIGUROSAMENTE PARROQUIAL	100
ZOO DOMINICAL	102
DOMINGO	104
ESPERANZA	105
DEDICATORIA	106
<i>SOUVENIR</i> DEL FRÍO	107
MUCHACHAS BAJO LA LLUVIA	108
BALADA DE HANS Y JENNY	110
LA SEÑORITA DELON Y LECCIÓN DE MÚSICA	113
ESTACIÓN	114
A UNA NIÑA	115
UNOS NIÑOS	116
VISIBLE SUEÑO	119
CANCIÓN CON UNA NIÑA	120
RECUERDO DE ADELAIDA RUITINER	122
BAÑISTA	124
ELEGÍA CARAQUEÑA	125
LLEGA LA CHOLITA	127
CHOLITA BARRENDERA	128
EXALTACIÓN DE LA SOPA DE CEBOLLA	129
ENCUENTRO CON UNA RELOJERA	132
NO FIGURATIVO	133
EL TÍO DE LAS BARBAS	134
CANCIÓN CON UNA ESTRELLA	135
ELOGIO INFORMAL DE LA HALLACA	136
FIDEL CASTRO EN EL DÍA	138
QUE ESCRIBÍ CUANDO SU AMIGO DURBÁN ESTABA	
ENFERMO	139
HIDROGRAFÍA	140
VA A LAS ALDEAS LUIS CARLOS PRESTES	141

BUENOS DÍAS AL ÁVILA	142
HISTORIA NATURAL CONTADA POR CARLOTA	146
MURMURACIONES DE SOBREMESA CON JACQUES PREVERT	149
FLASH	150
NAVIDAD DE LOS CAMPOS	151
CASI CANCIÓN	153
SARA A LA ORILLA DEL CREPÚSCULO	154
MADRIGAL A MARCO POLO	156
A SAN ISIDRO LABRADOR, SANTO DEL PUEBLO	157
POLO DOLIENTE	160
POETA DE SU HORA	162
ISLA CAUTIVA (PUERTO RICO)	163
<i>SEVENTH HEAVEN</i>	165
ELEGÍA AL BARRIO EL CENIZO	166
VERANO BRAVO	168
EN CAGUA	169
CASA CON TRES VENTANAS	170
GALERÓN CON UNA NEGRA	171
EN VIAJE	173
PROFESIÓN DE BANQUERO	174
GLOSA PARA VOLVER A LA ESCUELA	176
ADIÓS A LA PLAZA DE CAPUCHINOS	178
PUEBLO Y MÁS PUEBLO	181
NADA	182
MATRIMONIO DE POBRE	183
LAS DESVENTURAS DE FAUSTO, EL CASTIGO DEL DOCTOR O HISTORIA DE UN VIEJO EXHAUSTO QUE SE ATRAGANTA DE AMOR	184
BAR LA ESTRELLA	197
EL INFIERNO RODANTE	198
SERENATA A ROSALÍA	200

LO QUE ABUNDA	201
¡OH AMOR!	203
LA ÓPERA	204
MARILYN EN LA MORGUE	206
BUEN DÍA, TORTUGUITA	210
BUEN TIEMPO	212
ELEGÍA A LA DULCERA DE SOCIEDAD	213
EL CALVARIO	216
BOLÍVAR EN UN LIBRO DE LECTURA	217
MUERTE DEL GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA	219
MARIENBAD	220
<i>GOOD MORNING</i>	221
EL LOCO JUAN CARABINA	222
FÁBULA DE LA RATONCITA PRESUMIDA	224
ELEGÍA A AQUILES NAZOA	229
REZO EL CREDO O CREDO DE AQUILES NAZOA	230
MI MADRE EN UN PUEBLITO DE RECUERDOS	232
PASA MI PADRE	234
CON JOSEFINA, MIRANDO TRABAJAR AL AMOLADOR DE WALT WHITMAN	237
ANTONIO MIRANDA, EL REY DE LA MIEL DE ABEJA Y POETA DE LA CALLE	239
RETABLO	241
MOMO	243
MI INTELLECTO	245
MANIFESTACIÓN FRATERNAL	246
CON BRIAN PATTEN EN BUSCA DE MAUD Y EL JARDÍN	247
LAS HALLACAS, EN UN PASTICHE BARROCO AL ESTILO DE MARIANO PICÓN SALAS	249
LAS HALLACAS, EN UN PASTICHE AL ESTILO COLÉRICO Y DESENCANTADO DE ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ	251
USTEDES PERDONEN	253

MARÍA CON SU VESTIDO DE FLORES	254
FLORENCIA, 6 P. M.	256
CEPILLOS	257
TÚ ERAS UNA CIUDAD ABANDONADA	259
HOMBRE Y PAN	260
MOZART COMESTIBLE	262
ZOILA	264
A JOSÉ ANTONIO CALCAÑO	266
RAFAEL PINEDA LE PRESTA SU CAMISA A SIMÓN BOLÍVAR	267
A NUESTRA ALECIA, TAN QUERIDA DE TODOS, <i>INCLUDING THIS SONET'S SIENAER</i>	269
ELEGÍA SOLA	270
SOCIEDAD DE CONSUMO	271
LA ALMOHADA	273
TODO ESTÁ ECHADO A PERDER	275
ELEGÍA	276
MARÍA	278

Poemas populares

se imprimió en mayo de 2020
centenario del natalicio de Aquiles Nazoa
en los talleres de la

FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA

Guarenas-Miranda, Venezuela.

Son 5000 ejemplares.

Poemas populares

Con suma complacencia y en el marco de la celebración del centenario del natalicio de Aquiles Nazoa, ofrecemos la publicación de estos *Poemas populares*, cuya lectura tan gratos momentos ha deparado a generaciones enteras de lectores venezolanos. Poemas que han sido musicalizados por grandes virtuosos de nuestra música y que son cantados, coreados, tarareados incansablemente, incluso sin que el que entone y cante sepa que son de Aquiles. Tal vez el adjetivo de "populares" suene engañoso y nos lleve a considerarlos parte de un ejercicio menor de la literatura. En esta edición, que el prólogo sea de Ludovico Silva lo dice todo: no es una lectura superada, y en estos tiempos de reconciliación con lo nuestro, no es ocioso volver a leer al "Cantor de lo pequeño". En estas páginas hay reflexión constante, hay humor y hay amor, y hay también, fuertemente enraizados, usos y costumbres de una venezolanidad iconoclasta, arrasadora, a la que le gusta reírse de todo, principalmente de sí misma.

Aquiles Nazoa

(Caracas, 1920 – Valencia, 1976). Escritor, ensayista, periodista, poeta y humorista. Típico de los muchachos que vienen de hogares muy humildes, ejerció diversos oficios que el mismo llegó a calificar de "muy pintorescos y curiosos": aprendiz de carpintería, telefonista, botones, domiciliario o mandadero, guía turístico. Su pasión por el periodismo hizo formar parte de las redacciones de *Últimas Noticias*, *El Morrocay Azul*, *El Universal*, *El Nacional*, *Élite* y *Fantoches*, entre otras. Recibió el Premio Nacional de Periodismo Juan Vicente González (1948) y el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal (1966). Entre sus obras más recordadas tenemos: *Caracas, física y espiritual* (1966), *Venezuela suya* (1971, 1974), *Las cosas más sencillas* (1972) y *Vida privada de las muñecas de trapo* (1975).



1920 - 2020

Aquiles Nazoa

100 AÑOS DE HUMOR Y AMOR

IMPRESIÓN EN TIEMPO DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

